

BOLSILIBROS
BRUGUERA

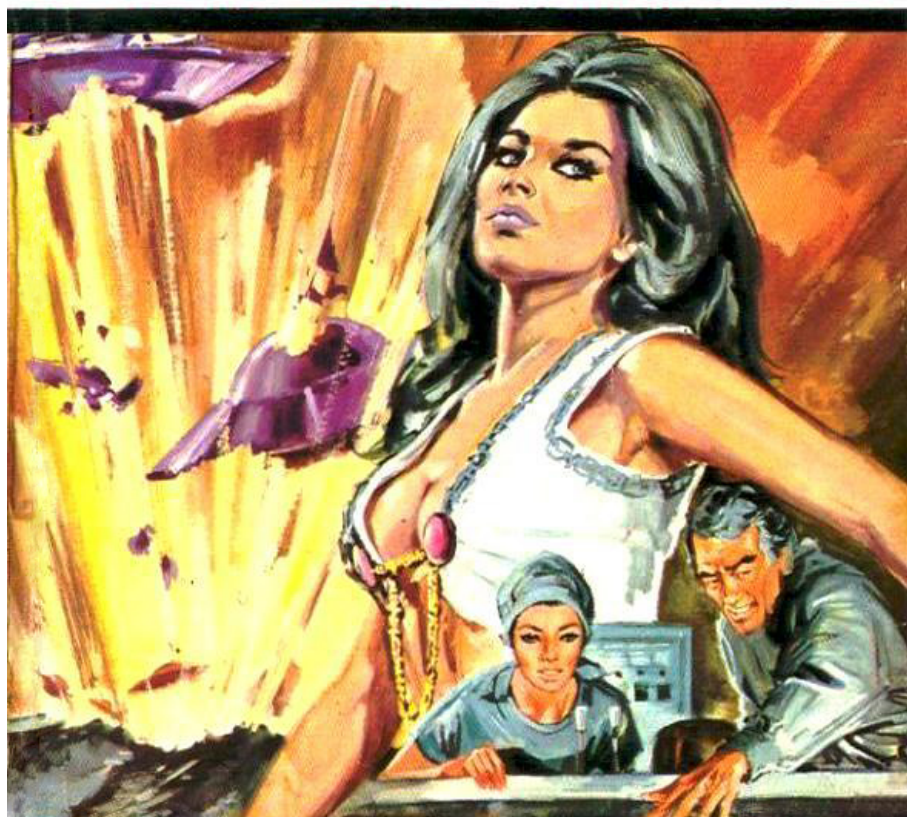
**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

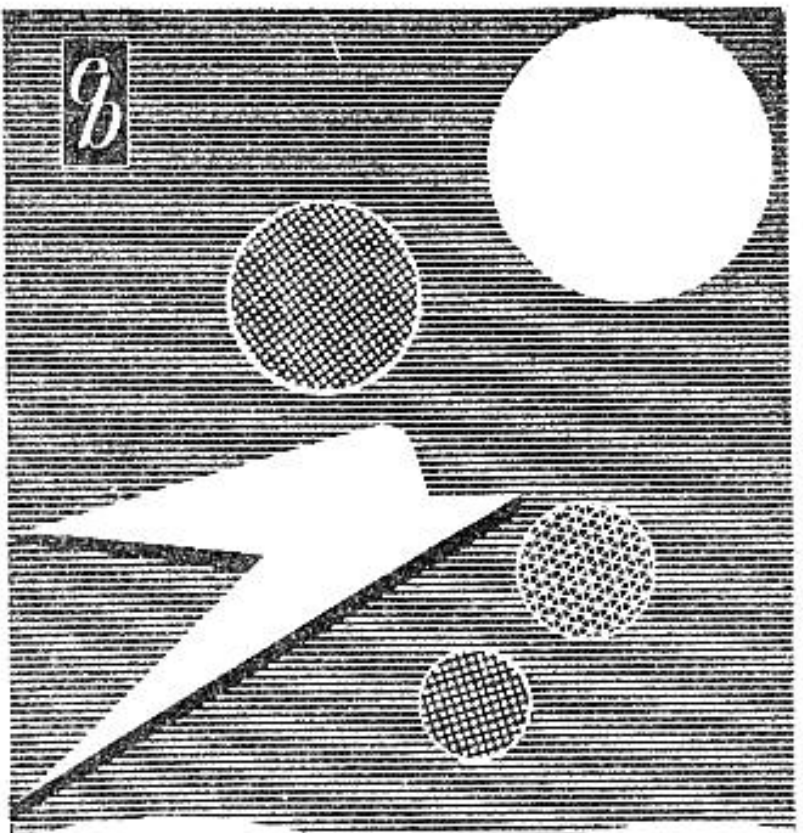
INVASORES INVISIBLES

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



g



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

RALPH BARBY INVASORES INVISIBLES

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 220
Publicación semanal Aparece los
VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS -
MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

- 215 — «Algo» se nutre de sangre. — *Curtis Garland.*
- 216 — El gran robo sideral. — *Ralph Barby.*
- 217 — Historia de una bomba solar. — *Glenn Parrish.*
- 218 — Ellos. — *Marcus Sidereo.*

ISBN
84-02-02525-0

Depósito

legal: B.

35.061 -

1974

Impreso en

España -

Printed in

Spain

1.»

edición:

octubre,

1974

©

Ralph

Barby

-

1974

texto

©

Miguel

García

-

1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la
Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto

exclusivamente de la Imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con
personajes, entidades o hechos pasados o
actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona –
1974

CAPITULO PRIMERO

De ordinario, el rostro y también el resto de la anatomía de Ava Emerson eran como un poderoso imán para las miradas de los hombres que acudían al departamento de Ufología de la ONU, recientemente constituido.

Ava Emerson, nacida en Inglaterra de madre islandesa, era un rubia de cabellos lacios, largos y abundantes. Tenía los labios carnosos, los ojos claros y la quijada firme, pero más redonda que alargada. Todo esto lo había heredado de la sangre islandesa que corría por sus venas.

De parte inglesa era su altura, sus miembros largos, lo que no era óbice para que tuviera unas arqueadas caderas y exuberancia de pechos, lo cual quedaba de relieve especialmente en un verano tan caluroso como aquel que estaban sufriendo en Estados Unidos.

Sin embargo, toda aquella belleza no conseguía desmoronar la seguridad de quienes acudían a la oficina de denuncias. Algunos, inseguros, acababan balbuciendo mientras sus ojos devoraban a Ava Emerson, pero cuando ésta cruzaba la mirada con ellos, les obligaba a claudicar. La mirada de Ava, cuando ella se lo proponía, cortaba, resultaba tan fría como los hielos del Polo.

La propia Ava se preguntaba a sí misma si no la habían colocado en aquel departamento para hacer titubear a cuantos allí acudían con sus historias de ufos. Terminaban por marcharse en un mar de confusiones y sólo pensando en Ava Emerson. Algunos, tras la entrevista, habían llegado a pensar que lo que habían visto era a su mujer diariamente, por eso desvariaban, y que lo mejor sería cambiarla por una Ava Emerson.

Pero aquella mañana, un viejete se había arrellanado plácidamente en el asiento al otro lado de la mesa de despacho. Había dejado su sombrero de campesino sobre la

mesa, y había montado sus manos sobre un bastón de bambú, con aire entre arrogante y dispuesto a mantenerse en sus trece.

Ava Emerson temía a los viejos que decían haber visto ufos. Generalmente, solían tener visiones o afán de que alguien les escuchara.

Se pasaban horas contando siempre lo mismo y no había forma de quitárselos de encima. Por ello, miró de reojo al anciano de larga y alzada mandíbula mientras mantenía los labios prietos, como un niño que no está dispuesto a ceder ante la cuchara llena de comida que su madre trata de meterle en la boca.

—¿Y dice que se llama Zachariah Mac Campbell?

—Exactamente, señorita, y he venido desde Wanaque City. Mis buenos dólares me ha costado el tren para llegar hasta este repugnante y monstruoso Nueva York. Me hospedo en el hotel Hillary, en Brooklyn. Por cierto, ¿sabe cuánto me ha costado la carrera del taxi desde el hotel hasta aquí?

—No, no señor, pero no creo que eso interese ahora. ¿Dice usted que ha visto alienígenas por la calle? —preguntó Ava Emerson, mirándole a la cara y pensando que las neurosis seniles hacían gastar mucho tiempo y papel en vano.

En realidad, Ava Emerson no creía en los ufos, pero había terminado en aquel despacho y no sabía cómo, porque ella había entrado como azafata en el edificio de las

Naciones
Unidas.

Posteriormente, había ingresado en el cuerpo de secretariado y así había escalado puestos. Le molestaba tener que admitir que cada vez que se proponía algo, lo lograba, y quizá en ello influía su belleza, además del talento y la buena disposición de trabajo que poseía.

La habían destinado a aquel despacho como receptora de datos que pasaban a un *dossier* si lo que le contaban tenía alguna importancia. Luego, pasaba a su jefe lo que había coleccionado y éste decidía lo que debía de ser comprobado y lo que no merecía la pena por estar de antemano pagado de contradicciones.

Sabían que por aquella oficina pasaban muchos neuróticos y había que espigar el trigo. Allí acudían los que se sentían perseguidos por extraterrestres, ladrones, fantasmas y hasta por el último monstruo que habían visto en el cine más próximo a su domicilio.

Ava Emerson tenía la convicción de que le habían colocado en aquel despacho para dar sensación de buenas relaciones públicas por su aspecto deslumbrante, aunque las mujeres que acudían a contar sus historias, por lo general solteras o divorciadas a la fuerza por petición de sus respectivos maridos, arrugaban el ceño y alzaban el mentón, sin dejarse comer un terreno que de antemano estaba comido por la singular belleza de aquella mezcla de sangre atlántica que tan buen resultado había dado.

—Yo vivo en una granja, una pequeña granja cerca del lago losco.

—¿Campesino? —preguntó mientras escribía.

—No, señorita, soy ayudante médico. En la campaña de Guadalcanal cosí más heridas bajo las balas japonesas que esos pedantes medicuchos del Manhattan General Hospital de la Segunda Avenida.

—Pero, ¿su profesión es la de campesino, al margen de lo que pudo hacer durante la guerra?

—No, yo he estado siempre en clínicas y hospitales, en los departamentos de radioterapia y rayos X y antes de que me jubilaran, en un oncológico, ya sabe, para curar el cáncer con la bomba de cobalto. Incluso llegué a leer mucho sobre los diagnósticos por radioisotopía.

Ava Emerson miró al techo por el que se paseaba una mosca y suspiró. La mosca debía de haber tenido sus dificultades para penetrar en el edificio, quizá no lo había conseguido a través de los acondicionadores de aire, sino pegada a la ropa de algún visitante.

El viejete, que era más hablador que simpático, fue soltando su rollo mientras Ava Emerson hacía esfuerzos por sonreír.

Ignoraba cuánto tiempo aguantaría. Llevaba ya muchas horas de trabajo y le dolían los pies. Además, había estado pendiente del relevo del jefe de su departamento.

El francés Pierre Ladoe, doctor en física por la Sorbona y *Honoris Causa* por varias universidades, iba a ser relevado por jubilación forzosa a causa de su edad. Aquel día darían el puesto al nuevo jefe del departamento, aunque Ladoe aún permanecería algunas semanas por allí como asesor del nuevo jefe y esclarecer cuantas dudas pudiera éste tener.

Todos los miembros del departamento estaban pendientes de la llegada del nuevo jefe, del que sólo sabían que era norteamericano y que lo enviaba el Pentágono a la asesoría militar de la embajada norteamericana en la ONU. En la Embajada había sido escogido, sin

haber pisado aún el edificio de la ONU, para la jefatura del departamento de Ufología, como colaboración norteamericana a dicho departamento que había sido creado más como «engulle serpientes de verano» que realmente como un frente de defensa contra la invasión de los extraterrestres.

Era un departamento «enchufe» que no comprometía a nada, en el que había que sonreír mucho y hacer creer a los que allí acudían que los globos de colores se parecían a los platillos volantes.

De vez en cuando, el jefe Ladoe se había visto obligado a dar conferencias o a salir por la televisión, calmando algún conato de histerismo en masa, hablando con naturalidad y explicando algún que otro chiste para paliar la trascendencia que querían imprimirle los que decían estar en diálogo abierto con los alienígenas, y que no solían ser otra cosa que simples embaucadores

o
psicópatas.

Pero, siempre hallaban a gentes dispuestas a tragarse las «bolas» más gordas que pudieran contar. No importaba que ni ellos mismos las creyeran, lo que importaba era hablar con magnetismo y pedantería.

Pierre Ladoe, todavía jefe del departamento, lo que siempre había temido era enfrentarse públicamente, casi como careo, ante las cámaras de televisión con aquellos presuntos embajadores de los extraterrestres, pues solían tener labia y llevaban su número circense muy bien preparado.

—Señorita, ¿no me escucha? —interpeló Zachariah Mac Campbell.

—Oh, sí, le escucho, claro que le escucho, para eso estoy aquí. Siga, lo que me contaba es muy interesante, pero más interesante será cuando llegue el momento en que vio a los alienígenas.

—Aguarde, aguarde, todo llegará —pidió el viejo sin conseguir apaciguarla.

Ava Emerson volvió a hacer un gesto de resignación

mientras por debajo de la mesa sus pies descalzos se frotaban el uno contra el otro.

—Pues, me dije que ya que había conseguido ahorros trabajando toda mi vida, tenía derecho a comprarme una pequeña granja y cultivaría yo mis propias verduras. Pero, cuando me convencí de que las lechugas y todo lo que yo recogía estaba verde o excesivamente maduro y además amargo, hice un convenio con mi vecino, que él sí entiende de hortalizas. Cuidó mis huertos, quedándose la mitad de las cosechas en propiedad, pero, por lo menos, como algo; entonces comencé a hacer experimentos.

—Seguro que se construyó una radio de onda especial con la que ha conseguido entablar diálogo con los extraterrestres —dijo Ava, pensando que si acertaba acortaría la entrevista.,

—Señorita, ¿es que quiere burlarse de mí?

—Nada más lejos de mi pensamiento —respondió Ava, dispuesta a aguantar un poco más.

—Mis experimentos giraban alrededor de filtros para rayos X y otras cosas que yo me sé y de las cuales entiendo mucho.

—Pero, ¿usted es médico, físico o químico?

—¡No! —denegó sin abandonar su arrogancia—. Pero entiendo y mucho. He hecho inventos muy buenos, lo malo es que como me ven viejo no me hacen caso. En fin, si sé

hacer algo mejor que nada es resignarme a mi suerte. Como le decía, descubrí unos cristales para gafas filtrantes. La óptica no es mi fuerte, pero alguna chapucería sí puedo hacerla y me dije: «Zaqui, quítale los cristales a unas gafas de sol baratas, de esas que venden en tenderetes al borde de las playas en verano.»

—Sí, ya sé.

—Me gasté dos dólares en una de ellas y me hice mis primeras gafas filtrantes para evitar el deslumbramiento de los faros de los coches en la noche.

—¿Y van bien sus gafas? —inquirió Ava por preguntar algo.

—Naturalmente, claro que hay que acostumbrarse a ellas primero. Aquí traigo unas, tenga. Mire por ellas, mire al sol y verá lo que pueden resistir los ojos.

Ava Emerson acercó los lentes a sus ojos, vio oscuro a través de ellos y asintió.

—Pues parece que sí filtran mucho, ¿eh?

—Claro que filtran, pero lo sorprendente es que iba yo por la calle con ellas puestas cuando descubrí a un tipo alto, muy alto, como de dos metros. Tenía el cabello largo y claro, estaba muy delgado y usaba un traje brillante y un cinturón con algo que le colgaba de él. Me dije que cada vez se veían tipos más estrafalarios por las calles y eso que Wanaque City es una población tranquila, pero como hacía calor, aparté las gafas de mis ojos para secarme el sudor. Cuando me di cuenta y créame que soy abstemio, aquel sujeto había desaparecido.

—¿Se había marchado?

—No, señorita. Volví a ponerme las gafas y el tipo seguía en su sitio.

—¿Y qué hacía?

—Nada, esperaba. Me quité las gafas de nuevo y volvió a desaparecer. Estuve a punto de llamar a un oficial de la policía.

—¿Y no lo hizo?

—No, porque llegó un coche, aquí le traigo el número de la

matrícula. Iba un hombre negro al volante, y digo un hombre porque ése no desaparecía cuando yo me quitaba las gafas. Dentro del auto iba otro de esos sujetos raros que aparecían y desaparecían. El coche se fue y cuando compré el periódico, introduciendo un níquel en el automático, leí que había un hombre en la localidad que aseguraba haber visto un objeto volante no identificado.

—Y usted se dijo que gracias a sus gafas había visto a los tripulantes del platillo volante.

—¡Exacto!

De pronto, se abrió la puerta del despacho y apareció un hombre alto, alrededor del metro noventa. Llevaba el uniforme de la Air Forcé. Era joven y delgado, de anchos hombros y resultaba muy varonil.

Su cabello era cobrizo, lacio y abundante. Sus ojos verdes, además de una latente ironía, tenían algo de luciferinos. Su mentón era fuerte, agresivo y su boca algo burlona.

—Buenos días, señorita. Ahí afuera he leído algo de Ufología.

Ava Emerson clavó en él su intensa mirada clara, olvidándose completamente del viejo que se sintió molesto por la intrusión del recién llegado.

—Sí, está en el departamento de Ufología de las Naciones Unidas.

—Bueno, menos mal que lo he encontrado, esto es un avispero. Cuando uno está acostumbrado a volar y se mete en estos lugares se siente como una hormiga. Por cierto,

yo soy el mayor Dan Crackson y creo que el doctor Pierre Ladoe me está esperando.

Ava Emerson parpadeó incrédula.

—¿No será usted el nuevo...?

No terminó de decir la frase cuando él asentía resignadamente con la cabeza, aunque apareció un chispeo en sus ojos burlones.

—Por lo menos, no hay duda de que estaré bien acompañado —dijo.

Como que Ava y Dan se habían quedado mirando mutuamente, quizá para ver quién resistía más, el viejete dio un puñetazo sobre la mesa y se puso en pie.

—¡Ya sabía yo que no me harían caso! Les digo cómo localizar a los invasores y maldita la atención que me prestan. Si ya me lo decía: «Zaqui, no vayas a la ONU, que allí no quieren a los viejos, que te tomarán a rechifla.» ¡Pues no aguanto más, pero seguro que oirán hablar de mí, ya lo verán!

Y el anciano, con aire irritado, pero muy digno, se fue hacia la puerta para abandonar el despacho.

—¿Qué le pasa? —preguntó el mayor Dan Crackson.

Ava se echó a reír. Se sentía contenta y el cansancio había desaparecido de sus pies como por ensalmo.

—Nada, sólo que dice que ha visto extraterrestres con sus gafas. Vaya, si se las ha dejado aquí.

—Creo que con la prisa que lleva no podrá alcanzarlo —le dijo cogiéndola de la mano y estirando de su brazo. Ella le miró, reconcentrando su mirada, y él rompió la situación añadiendo—: Además, olvida sus zapatos. Por cierto, tiene unos pies muy lindos.

Ava Emerson se echó a reír y regresó tras la mesa, guardando las gafas en un cajón al tiempo que decía:

—Ya volveré para recogerlas.

Se levantó para colocarse los zapatos y adoptó una postura que Dan no pudo evitar ver y admirar mucho de su belleza. El mayor se dijo que una temporada allí en la ONU no le iría mal

como relax para sus nervios.

CAPITULO

II

El acogedor restaurante Le Chanteclair era francés y su chef de cocina y a la vez propietario pertenecía a la más pura estirpe bretona.

Pierre Ladoe, frente a un triste huevo duro y un vaso de leche, era el que había organizado aquella cena como despedida del departamento y bienvenida del nuevo jefe.

Además de la barba, cejas y pestañas, Ladoe sólo tenía pelo en el cogote. El pelo de la nuca, unido al de la barba y visto desde lejos, semejaba una bufanda que le protegiera el cuello de un frío inexistente, pues el calor resultaba bochornoso en Nueva York.

Alrededor de la mesa, además de Pierre Ladoe, estaban los demás miembros del departamento: el chino Chanshoo, Frank, el teutón, Niven, un australiano pelirrojo y muy pecoso, Ava Emerson y el nuevo jefe, Dan Crackson.

—No se preocupen por los platos a escoger, cargaré esta cena en gastos generales — advirtió Pierre Ladoe—. Bueno, la verdad es que ya la he cargado. Mi salario de jubilación no me permitiría invitar a mis amigos a un selecto restaurante francés.

El ambiente era muy cordial. Se cruzaron chistes, ironías, bromas, pero en el ánimo de Pierre Ladoe había la tristeza del hombre que debe retirarse para dejar paso a los demás.

Se había acostumbrado a llevar el departamento de Ufología, un departamento que le había creado muchas situaciones conflictivas, incluso internacionales.

En el departamento reinaba una gran camaradería y ahora sentía abandonarlo, aunque todavía le quedaban unas semanas de convivencia con ellos. En los días venideros iría espaciando su tiempo en la oficina hasta que llegaría un día que tan sólo llamaría por teléfono y después, enmudecería

para marchar a la France como solía decir con nostalgia, recordando su bello país.

En el reservado donde comían había un televisor de cincuenta pulgadas con pantalla a color. Estaban dando un informativo y las entrevistas se sucedían.

Tras un brindis, por encima del burbujeante champaña francés y no californiano, Dan Crackson clavó sus ojos en la pantalla y reconoció al viejete que parecía muy altivo y estirado frente al periodista.

—Eh, señorita Emerson, ¿no es ése el anciano que esta tarde estaba en su despacho?

—Pues sí, es él. Por favor, hagan un poco de silencio. Creo que de un momento a otro, el departamento de Ufología va a sufrir un ataque en picado.

—¿Y dice usted que ha visto invasores personalmente? —preguntaba el entrevistador de la televisión.

—Ya lo creo que los he visto, con estos ojos y con las gafas de mi invención. Aquí traigo unas.

Las mostró. El cámara cogió un primer plano de ellas y luego el periodista pidió:

—Póngaselas, por favor. Veremos qué aspecto tiene con ellas puestas. Zaqui Mac Campbell, muy solemne, se encajó las gafas ante los ojos.

—Así las llevaba cuando, a través de ellas, vi a los alienígenas. Puedo jurarlo sobre una Biblia y soy creyente, aunque no haya pisado un templo desde hace diez años.

Hubo risas en el restaurante. El periodista volvió a la carga.

—¿Y dice también que ha estado en el departamento de Ufología de la ONU y que no

le han hecho el menor caso?

—Exactamente. Allí hay una señorita muy bella, pero que se cree que soy tonto, un campesino maniático. La chica en cuestión es demasiado hermosa para preocuparse por lo que le cuentan. Creo que sólo desea que los demás se preocupen de ella, pero aunque no me haya hecho caso, yo afirmé que a través de estas gafas filtrantes, inventadas por mí, puedo ver a los invasores.

La entrevista quedó cortada en aquel punto, pues entraron en danza unos *spots* publicitarios.

—Caramba con el viejecito —exclamó Ava Emerson—, me ha tomado inquina.

—No se preocupe, señorita Emerson —le dijo Pierre Ladoe—. Estamos dispuestos a ser atacados, tanto por los escépticos e incrédulos como por los crédulos y los psicópatas.

—Bueno, mañana podemos citar al viejecito en el departamento. Se abre un *dossier*, lo dejamos contento y llamamos a un periodista para que publique la noticia de que el departamento de Ufología atiende bien a quienes acuden a él.

—Perfecto, mayor Crackson —exclamó Ava—. Creí que sólo era usted militar del aire y nos ha salido un excelente diplomático.

—¿No es eso lo que hace falta para la jefatura de este departamento, para ir devolviendo todas las pelotas que le lancen?

—Creo, mayor —dijo ahora Pierre Ladoe, con su marcado acento— que usted sí sabe lo que va a tener entre manos. En ocasiones, es casi un consultorio sentimental, pero tiene la ventaja de que puede viajar a cualquier parte del mundo con gastos pagados. Si le dicen que en Japón han aparecido ufos y han dejado huellas, pues a coger el avión y al Japón, y si no a Kenia o al Brasil. Sin embargo, se va a encontrar con casos inexplicables, porque en realidad en este planeta todavía hay

muchos enigmas para la soberbia del hombre. Se encontrará con muchos misterios, pero hasta ahora yo no he podido constatar ni un solo caso de extra- terrestres comprobado. Le va a doler la cabeza cuando se encuentre frente a un fenómeno incomprensible. Ufólogos, parapsicólogos, videntes, etcétera, se le echarán encima y sólo conseguirá constatar un enigma sin explicación científica. Nunca le quedará nada entre las manos que pueda presentar al mundo, diciendo: esto es una prueba palpable y rotunda de que sí hay alienígenas en nuestro planeta. Por ello, aplaudo su postura diplomática frente a los problemas. Se dará cuenta de que tiene que ser más relaciones públicas que sabueso o científico. He dicho.

Pierre Ladoe recibió aplausos y se volvió a brindar.

El francés se comió su huevo duro, pero se pasó en la champaña y en los brindis, y la gastritis comenzó a funcionar, amargándole las postrimerías de la fiesta.

Ava se ofreció a llevar en su automóvil a Dan Crack- son hasta el parking del hotel en que se había hospedado nada más llegar a Nueva York.

—¿Qué hacía usted hasta ahora, mayor Crackson? —

preguntó Ava con desparpajo y un

ligero cosquilleo de la champaña bebida bailándole en el interior de la nariz.

—Era jefe de una escuadrilla de vuelos de comprobación de material nuevo. Le sonará un poco largo, pero le será más fácil comprenderlo si le digo que estaba en Haway y los aviones nuevos que recibían las bases de Haway o la Séptima Flota, los probábamos mis muchachos y yo. Luego, dábamos el visto bueno o los remitíamos de nuevo a fábrica para su repaso. Si los aparatos estaban en perfecto orden, los entregaba a los pilotos

ordinarios.

—Un trabajo arriesgado.

—Cobraba un plus de riesgo, pues no todos pero sí algunos aparatos tenían fallos, ya sabe, las piezas nuevas. Los contactos eléctricos también pueden fallar por defectos de soldadura, pero ya ve, estoy vivo.

—¿Y cómo ha dejado un trabajo que parece gustarle?

—Han sido órdenes superiores. Me llamaron desde Washington, me trasladé al Pentágono y allí recibí otro encargo para presentarme a la Embajada norteamericana en la ONU y aquí estoy.

—¿Es que ha perseguido ufos en su vida para que lo hayan destinado a este cargo?

—La verdad es que no he visto ufos y no creo en ellos, pero al general se le había metido la idea de que debía de estar lejos de unas faldas que consideraba de su propiedad. Supongo que él me propuso para más alto cargo, ya que muy gravemente me han prometido que si salgo bien de este cometido tendré un ascenso

—¿Y ese general que ha querido ser tan bueno con usted, acaso tenía miedo por su mujer?

—La verdad es que la esposa del general es joven y muy guapa, mejorando lo presente, pero a ciencia cierta no sé si la había tomado conmigo por su mujer, por su hija que también estaba en las Haway o por su amante, una mestiza bailarina. De todos modos, ¿qué importa ya?

—De modo que es un Casanova.

Ante la burla de la muchacha, él suspiró y se resignó.

—Yo no quería problemas. Cambiaría ahora mismo mi nuevo cargo con ascenso incluso por regresar a mis aviones, por estrenarlos sobre el océano que lame las barbas en forma de palmeras que tienen las Haway.

—¿De veras lo cambiaría ahora mismo? —preguntó ella entornando ligeramente los párpados.

Dan Crackson miró aquellos labios carnosos, aquellos

labios islandeses, y se dijo que eran francamente perfectos, que sentía deseos de besarlos. Mas, se contuvo y manifestó:

—Si me porto mal aquí en Nueva York, quién sabe adónde me van a enviar la próxima ocasión. —Le dio un cachetito en la mejilla y se apeó del coche—. Gracias por traerme.

Ella estiró su cuerpo hacia la ventanilla del cómodo y lujoso automóvil para decirle:

—Espero que, a cambio, algún día me saque a pasear en una aeronave de esas que salen a la estratosfera.

—Bueno, si el alto mando no lo impide y tengo oportunidad, ya la avisaré. Creo que yo tampoco voy a resistir demasiado tiempo sentado tras una mesa de despacho, sin alcanzar el quíntuplo de la velocidad del sonido para desintoxicarme.

Movió la mano y se alejó mientras, en otro hotel mucho más modesto, se iniciaba una tragedia que empaparía de sangre el carcomido parquet.

CAPITULO

III

Lo primero que había hecho Ava Emerson tras levantarse aquella mañana, era meterse en la bañera con agua caliente y una buena cantidad de sales aromáticas y relajantes.

Después, ya vacía la bañera, había dejado que la ducha fría golpeará con fuerza todo su cuerpo hasta la última pulgada de su suave piel. Deseaba estar bien despejada y antes de salir de su apartamento, pequeño, con mucho orden en algunas cosas y mucha anarquía en otras, dio un repaso a su rostro. Comprobó que el mejor maquillaje que podía poner en él era no tocarlo.

Ya en el despacho, recibió los saludos de sus compañeros.

Chanshoo seguía con su sempiterna sonrisa oriental. Niven, el australiano, prefería estar sentado que de pie, por aquello de que había bebido casi un galón de cerveza negra después del champaña. Pese a las horas transcurridas desde la fiesta, se sentía mejor sentado.

Pierre Ladoe no había llegado aún al despacho, pero se le esperaba para que fuera encauzando y asesorando al hombre que le había relevado.

Frank, el germánico, tenía la voz más ronca de lo habitual y le había dado por una febril actividad. Mientras cantaba por lo bajo, no hacía más que manejar la computadora, haciéndole engullir cuantos datos habían caído en sus manos.

En las miradas de los hombres, Ava notó un brillo más intenso de lo habitual. Ello quería decir que tenía el día sexy. Su cuerpo ondulaba grácil de un lado a otro y se sentía ligera, claro que era difícil sentirse atada dentro del ligero vestido de fibra, bajo el cual sólo la cubría otra prenda y después, los zapatos de delicado forro, especiales para llevar sin medias.

Ava Emerson, que había pensado que le sería fácil hacer una carga cerrada sobre el nuevo jefe del departamento de

Ufología, se equivocó, pues el mayor Crack- son apareció aquella mañana no sólo sin uniforme, sino también desposeído de la burlona sonrisa de la tarde anterior.

Ava le sonrió, mas la sonrisa se heló en su boca, pues él venía pendiente del periódico matutino. Casi sin mirarla, dijo:

—No he sido nunca un sabueso ni he pertenecido siquiera a la M.P., pero aquí me huelo algo sucio.

—¿Algo sucio, a qué se refiere, mayor Crackson?

—Dan, Dan... Buenos días a todos —dijo a través de la puerta que comunicaba el despacho de Ava Emerson con el resto de las dependencias del departamento—. Llámeme Dan, es más corto. Por cierto, ¿anotó todos los datos sobre la historia que le contó el viejecito de las gafas filtrantes?

—¿Del viejecito? —repitió ella extrañada, pues aquel caso, como tantos otros, ya lo daba mentalmente por archivado.

—Sí, del viejecito, viene aquí en el periódico, Zachariah Mac Campbell. ¿No es ése su nombre?

—Sí, lo es. ¿También se ha ido a quejar a los periódicos? —preguntó al borde del asombro, enarcando las cejas y agrandando sus ya grandes ojos.

—Creo que se ha ido con las quejas de este departamento a Satanás, y no le culpo por ello.

—No entiendo nada. Déjeme leer el periódico.

—Sí, lea, aquí viene:

«Un viejo que decía haber visto invasores,
asesinado en la habitación de su hotel en Brooklyn.»

—¡Dios mío! —Ava ahogó una exclamación—. ¿Quién iba a suponer que lo asesinarían en Nueva York? Parecía un viejecito tranquilo, algo cargante pero bueno, sin duda alguna.

—Pues lo han matado y el periodista, sin afilar demasiado el lápiz, asegura que por hablar demasiado. Lo dice como el que suelta un tópico de novela policíaca al uso. Creo que esa frase ni él mismo se la cree, pero hay que averiguar un poco más.

—No me ira a decir que cree que lo han asesinado los invasores, ¿verdad?

—Yo no creo ni dejo de creer nada. ¿No es ésa la norma de este departamento de Ufología?

—Pues sí, ésa es la norma.

Ante la sorprendida Ava que veía alejarse sus planes de flirt con el nuevo jefe que ahora parecía venir gruñón, distinto al día anterior, pidió:

—Deme todos los datos que anotó de ese hombre. Ah, y esas gafas filtrantes que él decía haber descubierto.

—No creerá en serio que con esas gafas de plástico va a poder ver supuestos invasores, ¿verdad?

—Acuérdese de la norma del departamento, Ava. No hay que creer ni dejar de creer. Puede que estén, puede que no estén. Investigaremos a fondo este caso.

—Está bien —dijo ella, encogiéndose de hombros.

Con Pierre Ladoe sólo se habían investigado a fondo casos que tuvieran cierta garantía de inexplicabilidad: rastros de hierba quemada, varios testigos de los sucesos, nunca uno

solo, fotografías, filmaciones, pero aquello de las gafas del viejo jubilado...

Ava se preguntó si no habría juzgado mal al recién llegado.

—¿Ha llegado el doctor Ladoe? —preguntó Crackson al australiano, largo y pelirrojo. Este movió la cabeza negativamente.

—Bien, si llega díglele que hemos salido a dar un vistazo a unos hechos extraños ocurridos en Nueva York.

—Como usted diga, jefe.

—Dan para todos, ¿comprendido? —insistió. Chanshoo y Frank asintieron con la cabeza—. Niven, ocupe el puesto de la señorita Emerson y atienda cualquier denuncia que llegue.

—De acuerdo, Dan —aceptó el australiano, levantándose.

Dan le miró y después preguntó:

—¿No hay duchas aquí dentro?

—Pues no, no en nuestro departamento.

—Entonces, que le traigan café y vaya mascando granos hasta que se le olvide la juerguecita de anoche, que supongo duplicó o triplicó luego por su cuenta.

—Oh, sí, seguiré su consejo, lo malo es que la máquina automática me sirve el café calentito y ya en infusión

—¿Cuánto vale un café en esa máquina de afuera?

—Un «dime», señor.

—Pues, tómese dos dólares seguidos de ese líquido calentito.

Niven se quedó con los dos dólares en la mano y Dan Crackson pasó a su despacho. Allí, hizo una llamada por teléfono y poco después se le acercaba Ava.

—Me ha dicho Niven que vamos a salir.

—Sí. Por el camino me irá leyendo todo lo que escribió sobre lo que le contó nuestro desgraciado Zachariah Mac Campbell. Ah, ¿ésas son las gafas?

Tomó los lentes de la mano de Ava. Ella parpadeó, mirándolo fijamente. Aquel hombre parecía haberse convertido en una máquina de trabajar.

Dan se colocó las gafas y la miró al rostro. Ella, tratando de sacar partido de la situación, preguntó:

—¿Me sigue viendo?

—Sí, y tan bonita como sin las gafas. No parecen tener nada de extraño, aparte de que son bastante oscuras.

Se las guardó en el bolsillo superior de su ligera y clara chaqueta de verano, pues había dejado el uniforme en el armario de su habitación del hotel.

—Tome su bolso, porque supongo que llevará bolso como todas las mujeres, y venga conmigo.

—Bien. ¿Vamos a Brooklyn?

—No.

Ava creyó más oportuno no hacer más preguntas a su flamante jefe, alto y atlético, delgado, de aire aventurero, que no parecía tener un día simpático.

Quizá había influido en él el bochorno que se respiraba en Manhattan y que hacía que los olores de las cloacas fueran más fétidos. No obstante, allí dentro había una perfecta climatización artificial que

contrastaría brutalmente al salir a la calle, donde notarían la sensación de un vaho caliente que se desprendía del mosaico de las aceras o del gris asfalto, con sus rayas amarillas y blancas, señalizando y prohibiendo.

Aquella mañana, Dan ya tenía automóvil propio, un «Mercedes-Benz» blanco sport, dos plazas, que hizo silbar de admiración a Ava Emerson.

—Por favor, vaya leyéndome aunque parezca que no le haga caso. Tengo que estar atento a los semáforos, no poseo bula para las infracciones de tráfico y tampoco he pagado el coche al contado.

—Por su cargo en el departamento tiene derecho a coche.

—Oh, sí, claro, a un coche grande, lujoso y muy cómodo, que me daría la sensación de viajar en un lujoso yate. Prefiero los aviones rápidos.

Efectivamente, Dan Crackson no tenía bula para las multas de tráfico, pero hizo que Ava Emerson sintiera un escalofrío en el espinazo ante la arriesgada conducción que si bien resultaba técnicamente perfecta y no contravenía ninguna regla de tráfico, sí hacía chirriar los neumáticos y tomaba las curvas a fuerte velocidad.

Ava suspiró cuando el «Mercedes» dos plazas se detuvo en el parking al aire libre, frente a un traga monedas municipal. Pero, arrugó la nariz al leer el rótulo del edificio que

tenía delante.

—¿La Morgue?

—Sí, tenemos que devolverle la visita al viejo Zachariah Mac Campbell.

—No pretenderá que yo lo vea, ¿verdad?

—Encanto, ¿qué supone que hace en el departamento de Ufología? Si se presenta un marciano con cara repugnante pero amable tendrá que hacer de tripas corazón y darle la mano en señal de bienvenida y quizá un beso también. Si ha de hacer tal cosa con extraterrestres, ¿cómo va a asustarla ahora identificar a un muerto?

Ava Emerson parpadeó desconcertada, no sabía si echarse a reír o a llorar.

Su trabajo en el departamento había resultado divertido en muchas ocasiones, pero las más de las veces tedioso. Sin embargo, con la llegada de Dan Crackson parecía que iba a agitarse como si fuera una coctelera y sólo Dios sabía lo que saldría de su interior. Quizá, antes de que transcurrieran siete días, todos estarían cesantes en la calle, pues Ava sabía muy bien para qué estaba el departamento de Ufología en la ONU.

No cabía duda alguna, el viejo metido en el amplio congelador de la Morgue era Zachariah Mac Campbell.

Había quedado con los ojos abiertos y en ellos, Ava Emerson creyó ver una mirada acusadora. Tuvo que girar el rostro porque se sentía incapaz de resistir las pupilas vidriosas del anciano.

—¡Dan, Dan, no puede ser que yo sea culpable de esta muerte!

—No, claro que no es culpable. Si alguien tenía que asesinarlo, lo hubieran matado lo mismo, lo creyéramos o no —le dijo pasándole el brazo por la espalda y oprimiéndole el hombro desnudo con su mano nervuda, de dedos largos pero básicamente fuertes y varoniles.

CAPITULO

IV

La estación de policía era vieja dentro de un edificio viejo que olía a moho. Las estaciones de policía de Nueva York estaban muy lejos de parecerse a las de Los Angeles, quizá por aquello del clima.

En la década de los ochenta, ya camino del año dos mil, se había hablado mucho de que era preciso arrasar todos los edificios antiguos que no tuvieran ningún arte, pero en Nueva York seguía habiendo edificaciones vetustas. Sólo se construían rascacielos competitivos en altura para oficinas, no para viviendas.

Más de la mitad de la isla de Manhattan era ya propiedad de los negros. En la noche, los blancos buscaban sus hábitats más lejos, pues la segregación era un sentimiento, una realidad que los hombres de aquel país y de otros muchos no habían conseguido desarraigarse pese a la buena voluntad de unos pocos que solían terminar como mártires más o menos conocidos de la opinión pública.

El teniente Cassidy era un sujeto de estatura media. Había cumplido los cuarenta y poseía excelente fortaleza física. Tenía el cabello grisáceo, corto y extremadamente rizado de su natural.

La boca casi carecía de labios y su mirada basculaba entre hostil e incrédula. Sus manos eran de dedos cortos y recios, posiblemente usaría un arma con guardamontes muy ancho para poder introducir el índice con facilidad.

—Un caso desagradable como tantos otros que se producen en la ciudad. No entiendo por qué un departamento de la ONU se preocupa del asesinato de un viejo.

—¿No ha leído lo que dicen en el periódico sobre él?

—Ah, sí, eso de que el viejo había visto invasores. Bueno, aquí nos explican muchas historias raras. Comprenderá que

después de veinte años de servicios policiales no nos vamos a tragar las fábulas de todos los colores que nos cuentan. Si la ONU tiene dinero para patear, es cosa que yo celebro y a la vez lamento que a la policía de Nueva York no le ocurra lo mismo.

—Teniente Cassidy, yo no tengo jurisdicción ejecutiva sino simplemente de observación, por lo que no ha de temer que vaya a pisarle el terreno.

—No, claro que no, hay poco terreno que pisar aquí —se mofó un tanto el escéptico teniente de policía.

—Parece que usted toma a broma el departamento de Ufología de la ONU —le acusó Ava Emerson.

—Yo no, señorita. Por mí pueden jugar al tenis o tratar de hallar cocodrilos en el Hudson. Yo respeto a la gente siempre que no violen las leyes, es mi trabajo ¿sabe? Claro que hay muchos que sí se toman a risa lo de la Ufología.

—Teniente, ¿qué le parece si nos ceñimos al caso de Zachariah Mac Campbell?

—Bien, bien. Ya he recibido llamada telefónica de los peces gordos y tengo que ser amable con ustedes, muy amable. Mientras, supongo que varios asesinos andarán correteando sobre el asfalto de la ciudad. Se sorprenderían ustedes de la cantidad de crímenes, asaltos y violaciones que se cometen diariamente en nuestro monstruoso Nueva York. Y en la década del setenta creían que iban a purificar el ambiente... En fin, mi

obligación es atenderles, ciñámonos a los hechos como usted ha dicho.

—Buen chico, teniente —le dijo Crackson, que se había sentado en el borde de la mesa y había tomado un cigarrillo del paquete de tabaco que el oficial de la policía había depositado sobre la mesa.

—Le dieron once cuchilladas. Un trabajo sucio, algunos dirían que bestial, pero nada extraordinario.

—¿Once cuchilladas? —repitió Ava, al borde del mareo.

—Sí, once, ni una más ni una menos según ha dicho el forense.

—Pero, su cara no tenía sangre, no se le notaba tal barbarie.

—Las cuchilladas no fueron en el rostro ni en el cuello, ya lo habrán visto en la Morgue.

—¿Supone que ha sido un demente? —preguntó Dan.

—O un vicioso que buscaba dinero. La habitación, además de la sangre, humedad y suciedad, olía a dos cosas.

—¿A qué? —preguntó Ava.

—A negro y a «hierba».

—¿«Hierba»? ¿Acaso el viejo era un drogadicto?

—No, mayor Crackson, el forense ha dejado ese punto bien claro. Supongo que la

«hierba» la fumó el asesino para celebrar su *massacre*. Con esos viciosos ocurren las cosas más extrañas. Lo mismo se tiran de un veintavo piso queriendo emular a Vampman que acuchillan a un viejecito inefable que aseguraba haber visto invasores en su pueblo. No hay que darle más vueltas, mayor, un negro vicioso lo asesinó para robarle, supongo que ya iría caliente con la «hierba». En fin, a esos tipos, si no se les caza en el acto, es muy difícil pillarlos después, salvo que haya recogida de viciosos por la calle y alguien cante en su delirio. Un caso sucio que depende de la suerte el que se duerma o no en los ficheros. También podría ser que el asesino no se hubiera llevado mucho dinero y volviera a

atacar a otra persona para robarle.

—¿Y no va a investigar quién es ese supuesto negro que asesinó a Zachariah Mac Campbell?

—preguntó

Ava molesta.

—Oh, sí, tengo agentes interrogando por los alrededores y en los puntos de reunión de esos viciosos, pero ¿sabe usted cuántos negros viven en Nueva York? Se asombraría.

—¿Es usted segregacionista, teniente? —le preguntó Dan sin tapujos.

—No, no lo soy, pero como ellos son los que viven ahora por toda esta zona de Brooklyn y gran parte de Manhattan, pues los blancos se han ido más lejos, me encuentro con que el noventa y cinco por ciento de los delincuentes que atrapo en mi distrito son negros. Créanme, sería mejor que pusieran aquí a todos los oficiales negros. Cualquier día de éstos el que va a estar congelado en la Morgue con once cuchilladas voy a ser yo.

—Bueno, teniente, si no tiene nada más que informarnos, ¿qué le parece si nos acompaña al lugar del suceso?

—Pueden ir ustedes mismos, yo ya avisaré al hotel para que les dejen entrar y no les sorprenda si les tiran un tomate podrido. Los del hotel bufan de rabia y no hacen más que preguntarme cuánto tiempo tendré cerrada la habitación, que ellos pierden dinero en su negocio.

—Tendremos cuidado con esa gente. —Dan miró a Ava y la invitó—: Vamos. Ya estaban casi en la puerta cuando el teniente, socarrón, les pidió:

—Cuando vean a un marciano, no dejen de avisarme. Todavía queda algún hueco en las mazmorras del sótano y a lo mejor, si es muy feo, les pegamos un susto de muerte a esos hijos de mala madre que están sudando entre barrotes. Así no volverán a aparecer por aquí.

—Lo tendré en cuenta, teniente —repuso Dan, haciendo gala de la mayor diplomacia.

CAPITULO

V

Respecto al propietario del hotel Hillary, el teniente Cassidy había tenido razón. Estaba malhumorado y les recibió con muy poca cortesía cuando le explicaron a lo que iban, y no a rentar una habitación aunque sólo fuera por un par de horas.

Dan quiso congratularse con él y le soltó unos dólares que dulcificaron un tanto los ojos y la lengua del hotelero.

—Cómo se nota que usted no es de la policía. Ellos vienen aquí dando patadas y todo porque en este barrio empiezan a haber más negros que blancos.

—Creía que ya eran casi todos negros —objetó Dan.

—Por el momento han ido rentando las casas del otro lado de la calle, claro que cualquier día comienzan a saltar a este lado de la acera como plaga de langostas. —Su corpachón, tan fofo como obeso, basculó. Usaba los anacrónicos tirantes para sostener sus pantalones, quizá porque no había encontrado cinturón a su medida—. Es cierto que algunos blancos ya empiezan a marcharse de aquí y hasta es posible que si un día algún tipo de esos de la acera de enfrente viene con pasta en la mano, le venda el hotel y me largue a otra parte. Si lo digo yo. Nueva York terminará siendo una ciudad mestiza de día y negra de noche. Por aquí no hay blanco que se atreva a salir de noche y eso que los integracionistas hablaban de la hermandad y de que todos somos iguales, pero es que los negros tampoco quieren ser iguales.

Dan Crackson y Ava observaron que el apartamento estaba revuelto. El hotelero les miraba desde la puerta.

—Por lo visto, buscaban más dinero, pero el viejo no era rico, sólo tenía su pensión de jubilado. Una pena.

—¿Nos puede dejar solos, por favor?

A la pregunta de Dan, el hotelero sonrió servil.

—Sí, claro, ya bajarán ustedes. Que aproveche.

Cerró la puerta antes de que sus orejas tuvieran que acusar el impacto de un insulto, también tenía su dignidad.

—¡Qué tipo! —exclamó Ava.

—Seguro que dentro de un año y medio, cuando empiece la década de los noventa, él ya no está aquí.

—¿Usted también opina que los negros se van a apoderar de todo, que se harán los dueños de las ciudades?

—¿Qué es «todo», los viejos corazones de las ciudades de los cuales huyen los pudientes? No hay que tenerles miedo sino lástima. Las pequeñas poblaciones que han nacido en los campos son más orgánicas y funcionales. Puede que llegue el día que los rascacielos de Manhattan sean abandonados como monstruos antediluvianos a su suerte y entonces se convertirán en avisperos si no los destruyen. Creo que en esta docena de años que nos faltan para llegar al dos mil veremos muchos cambios. Pero dejemos de filosofar y pensemos en el presente.

—¿Será un vulgar asesinato por un vicioso de la «hierba» como ha dicho el teniente Cassidy?

—No lo sé y en realidad, tampoco sé qué buscamos aquí. Sería absurdo buscar huellas de extraterrestres, yo me inclino a suponer que lo ha matado uno de los hombres que sirven a los alienígenas.

—No entiendo.

—Repasando la denuncia del viejo, dijo que el coche lo conducía un negro y parecía saber muy bien que llevaba alienígenas en su coche.

—¿Piensa de verdad que de existir esos seres hayan reclutado adeptos?

—Siempre suponiendo que ellos existan, podría ser.

—Pero, ¿quién iba a servir a unos invasores extra-terrestres?

—Dos clases de sujetos. Una de ellas podrían ser hombres que se venden al dinero.

—¿Y la otra? —preguntó Ava ante el silencio de Crackson.

—Puede darse el caso de los resentidos, los vengativos. Esos invasores podrían haberse puesto en contacto con algún clan ansioso de represalia y poder. Si se desea invadir un país y se envían espías, éstos se ponen en contacto con los resentidos, los oprimidos. Si éstos, además, están más o menos organizados y dispuestos al crimen, los espías tendrán en ellos unos excelentes colaboradores.

— ¿Y a cambio de qué?

—Pues, de dinero y promesas en principio. Pueden decirles que ellos formarán luego la policía de presión y los blancos, pongo un ejemplo, serán sometidos o exterminados. En cambio, ellos, si son leales y se portan bien, tendrán poder y la riqueza que ahora les falta.

—Dan, ¿no estaremos yendo demasiado lejos al imaginar tanto?

Dan no le respondió. Acababa de descubrir algo por el rabillo del ojo, más por reflejo instintivo que por observación, pues él tenía los reflejos muy entrenados para detectar cualquier anormalidad por insignificante que ésta fuera.

Lo que acababa de escuchar era un pequeño chasquido

que le hizo mirar hacia la ventana, medio oculta por una sucia cortina y a través de la cual descubrió una sombra.

Dan se lanzó hacia la ventana y al asomarse a ella, estuvo a punto de ser alcanzado de lleno por una brutal patada que iba directa a su rostro. Logró eludirla y el que se la había propinado, escapó.

Dan saltó a través de la ventana, yendo a parar sobre una escalera de incendios llena de óxido.

El tipo no huía hacia abajo sino hacia lo alto. Era un negro vestido de oscuro.

Dan Crackson no llevaba armas y aquel sujeto, a lo peor, portaba una de aquellas pistolitas «Láser» que tanto habían florecido en el mercado, si bien a precios muy elevados, lo que obligaba a los delincuentes comunes a utilizar la clásica arma de fuego. No obstante, él estaría perdido aunque le dispararan simples balas de plomo.

El negro, pues era negro, aunque no de los que tenían la piel excesivamente negra, era ágil como un simio y de no haber estado Dan muy entrenado para todo ejercicio, no habría conseguido ir ganando terreno a su perseguido, el cual se enfrentó al borde de la azotea con el hueco de un callejón.

Volvió la cabeza y vio que Dan había llegado a la azotea.

El negro, jadeante, tomó impulso y saltó al vacío, llegando limpiamente a la azotea contigua, algo más baja.

Dan, que había visto lo que hacía el fugitivo ya desde lejos, llegó con impulso al final de

la azotea y saltó por ella, llegando a la otra. Logró alcanzar a su perseguido cuando éste trataba de filtrarse por una puerta entreabierta.

En la mano del negro brilló un acero y Dan tiró del brazo de su enemigo, haciendo que la mano armada fallara la cuchillada que, de no haber tomado aquella precaución, se le habría hundido por debajo de las costillas, con una ligera inclinación de abajo a arriba.

Rodeó la mano de su contrincante. Le hizo una llave de las nunca caducas técnicas de lucha oriental y el negro lanzó un agudo chillido al sentir su codo luxado. Después, recibió un rodillazo en el bajo vientre y se vino al suelo.

Dan terminó el trabajo dando un fuerte pisotón a la mano que no soltaba la afilada y puntiaguda navaja.

El negro volvió a chillar y Dan apartó el estilete. Estuvo a punto de darle un puntapié, enviándola lejos, cuando recordó al viejo Mac Campbell. Se inclinó y la recogió con un pañuelo. Forzó el muelle y escondió la hoja. Luego, estiró su brazo y tomó al sudoroso sujeto por las ropas, justo debajo del cuello, interpellándolo.

—¿Fuiste tú quien acuchilló al viejo?

Jadeante y con miedo en la mirada, doliéndose del codo, la mano y el bajo vientre, el negro movió la cabeza negativamente y muy nervioso.

—No sé nada, nada.

—Aguarda, de eso ya hablaremos.

Lo cogió por el cogote y lo aplastó contra el mosaico de la azotea, haciendo que sus labios lo besaran. Hizo esto para registrarle y en uno de sus bolsillos halló un artilugio electrónico.

—¿Qué es esto?

—No lo sé —respondió el negro con acento caribeño.

—¿Que no lo sabes y lo llevas encima?

—Lo he robado —dijo vacilante.

—¿Dónde?

—En un coche, estaba en la guantera. Ha sido fácil, aunque no sé para qué sirve.

—Entonces, ¿para qué lo robaste?

—Por si me dan algo por él.

—¿Qué hacías en la ventana? Aunque es absurdo preguntarte, seguro que me vas a contestar que tomabas el aire. Andando, ya tendré tiempo de interrogarte.

Lo agarró por la ropa, justo por la parte de atrás del cuello, y lo puso en pie para empujarlo.

Mas, bruscamente, el tipo brincó sorprendiendo a Dan que lo creía acogotado. Estúpidamente se lanzó al vacío por la fachada frontal del edificio hacia el centro de la calle, desde una altura de unos ocho pisos.

Dan, que no había podido evitar aquel suicidio, se acercó lentamente al borde de la azotea cuando escuchó el golpe sordo en la calle.

El cuerpo se había estrellado contra el asfalto y unos vehículos comenzaron a tocar el claxon porque se les había impedido el paso.

CAPITULO

VI

El teniente Cassidy acababa de llegar al departamento de Ufología de la ONU. Dio un vistazo a su alrededor y silbó admirativo.

—A esto le llamo yo trabajar con comodidad y confort. No se parece en nada a mi vieja estación de policía.

Ava giró sobre la silla móvil y le observó.

—Pues este edificio no es tampoco nada nuevo.

—Pero lo renuevan, y en la comisaría no renovamos ni los malos olores. En los lavabos, debajo de un dibujito que no voy a especificarle, no tema, alguien escribió: «Abajo la ley seca», y todavía no lo han borrado.

—Ah, está aquí, teniente —le saludó Dan Crackson—. Pase, pase a mi despacho y usted también, Ava. Tomará datos de lo que nos cuenta nuestro amigo. Hay que alimentar a la computadora.

El teniente no portaba ahora tabaco, mascaba un chicle whitetooth que al tiempo que daba deporte a las mandíbulas, según el prospecto, limpiaba los dientes y prevenía las caries, lo que el policía no se acababa de creer; pero el chicle era aromático y siempre servía para abandonarlo en alguna silla y gastar una broma a alguien por el que no sintiera mucha simpatía.

—Supongo que la memoria de su computadora tiene más historietas de ciencia-ficción que huellas dactilares la computadora central del FBI.

—Puede ser, teniente. Yo todavía no he metido las narices dentro de esa memoria para averiguar lo que hay dentro, pero tome asiento y cuente. ¿Qué sabe de aquel desgraciado?

El teniente se acomodó ante la mesa escritorio. Ava, frente a él, no ocultó sus piernas, haciéndole sonreír.

—Dichoso usted, mayor Crackson. En la policía tampoco nos ponen secretarias de este calibre.

—Parece usted muy frustrado, teniente. Creo que no le iría mal darse una vueltecita por un psiquiatra para que le levante el ánimo.

—Lo único que levantaría sería el vuelo de los escasos billetes que hay en mi cartera.

En fin, la vida siempre ha sido igual, unos mucho y otros nada. —Hizo una pausa y añadió—: Con respecto al negro, estaba fichado, por supuesto. Había pasado dos años en un penal federal. Se llamaba Marcus Smithson, de veintisiete años de edad. Un tipo en verdad peligroso, se le atribuían varios asesinatos, aunque no se le pudieron probar. Va a ser muy difícil demostrarlo ahora, pero posiblemente fue él quien acuchilló al viejo.

—¿Era vicioso de la droga?

—Poco, según el dictamen forense.

—¿Digamos que no mataría por unos dólares que le pudieran servir para comprar

«hierba»?

—Nunca se sabe lo que les induce a matar, quizá lo hacen porque tienen el día malhumorado, porque van escasos de dinero. De esos tipos amorales no se puede fiar uno y es difícil encontrarlos. Hay demasiados edificios viejos en Nueva York y en ellos se

esconden como en verdaderos nidales de hormigas. Son incontrolables para nosotros y más por la noche. Creo que si hicieran caso al senador que propuso arrasar todos aquellos edificios no controlados, sería un bien para la salubridad pública y tendríamos menos guaridas de ladrones y asesinos. Esos edificios al sur del Harlem son auténticos avisperos. Los que están fuera de la ley han hecho obras en el interior de los viejos edificios de pisos y parecen laberintos. No me gustaría perderme en uno de ellos, máxime llevando la documentación de policía encima. Esos tipos no pueden tragarnos, nos hacen responsables del mundo que les ha tocado vivir. La verdad es que mejor les iría si no hubieran quemado tantas escuelas y hubieran estudiado para alcanzar puestos respetables. Por supuesto, los verdaderamente peligrosos son una minoría, pero luego hay un gran tanto por ciento que se deja llevar, máxime cuando ve que el salario no les alcanza para comprar los lujos que tienen algunos blancos, entre los que no me cuento yo. Sin embargo, todo se ha de decir, hay muchos negros que sí tienen esos lujos y son ganados respetablemente, y si alguien los apedrea, son sus propios hermanos de raza que los creen renegados lameblancos.

—No le pido que me cuente todo lo que piensa de la raza negra ni de su integracionismo, teniente —le dijo Dan.

—No, no vengo a contarle historias, sólo quiero ponerle en antecedentes.

—¿Ha oído hablar del SAS?

—¿Se refiere a la Sect Assassin's Secret (1)?

(1)
Secta
Secreta
de
Asesinos.

—Sí, veo que no anda mal informado.

—Creí que esa secta de negros vengativos ya había desaparecido hace años —
observó

Ava.

—Comenzó en el año setenta y tres y en el ochenta alcanzó su máximo esplendor, pero, por aquel entonces, el FBI se dedicó de lleno a ella y corrió la sangre.

—Sí, fue una verdadera guerra en las ciudades que dejó pálido lo ocurrido en Irlanda del Norte también en la década de los setenta —puntualizó Dan Crackson.

—Recibieron un severo castigo, aunque también murieron muchos inocentes, tanto blancos como negros. Mas la operación de limpieza terminó y los componentes de aquella secta de asesinos que no habían muerto se pusieron a salvo emigrando o desapareciendo bajo las piedras.

—Creo que esa secta se inició con unos pocos miembros que se escindieron de los ya desaparecidos Panteras negras —dijo Dan.

—Sí, todo comenzó con el Black Power. No es que ahora no haya Black Power, pero es distinto. Su poder lo habrían alcanzado adquiriendo cultura.

Dan replicó al policía:

—Ha de admitir que los blancos no les hemos dado demasiadas facilidades.

—Bueno, yo soy policía, no político. La SAS obtuvo rápidamente adeptos y comenzó el terrorismo en toda regla en nuestras ciudades. Por ello nacieron esas poblaciones pequeñas de residentes con sistemas de protección que las guardaban como en el medioevo de posibles asaltos de hordas invasoras. La culpa de que la segregación se acusara más al nacer la década de los ochenta fue de ellos, pues los blancos tuvimos que

protegernos de sus ataques terroristas indiscriminados.

—Usted ha dicho que no hablemos de política, teniente Cassidy, todo aquello ya pasó. Hablemos del presente.

—El presente es que se sabe que quedó algún rescoldo de esa secta. Por supuesto, no se ha dado a la opinión pública, tan fácilmente propensa al histerismo. Han sido algunos tipos sueltos. Al fin y al cabo, también hay blancos asesinos, amorales por completo. Pero, desgraciadamente, queda algún rescoldo de los SAS, nietos de los Panteras Negras que rechazaron a aquel mártir que fue asesinado hace un cuarto de siglo.

—Por James E. Ray, un blanco —puntualizó Ava—. Martin Luther King fue asesinado por un blanco.

—Sí. Creo que ha de llegar un cataclismo mundial, como una gran guerra, pero a lo gordo, para que al final nos demos cuenta de que todas las razas hemos de convivir con armonía en este sufrido planeta llamado Tierra.

—Tiene razón, mayor Crackson, y sólo falta que usted vaya diciendo ahora que además quieren el planeta unos invasores marcianos, por llamarlos de alguna forma, pues nuestros científicos ya han demostrado que no hay vida inteligente en Marte, aunque se da por seguro que en el Universo deben haber muchos planetas como el nuestro.

—De momento, yo no he dicho que haya invasores —corrigió Dan Crackson.

—Pero el departamento de Ufología se interesa por el asesinato de un viejo que andaba proclamando a los cuatro vientos que veía invasores. La gente se ríe de los que cuentan historias de ufos, pero si luego se comenta que ha sido asesinado por un supuesto invasor, la risa se puede convertir en pánico masivo. Menos mal que ahora tenemos un asesino.

—Un cadáver de asesino —corrigió Dan.

—La noticia que saldrá a la luz en todos los medios de difusión será que el viejo Zachariah Mac Campbell fue

asesinado por un drogadicto ex convicto llamado Marcus Smithson que halló la muerte mientras trataba de huir de la ley. Todo quedará aclarado y no habrá histerismos estúpidos.

—Es su opinión, teniente. Sin embargo, creo que hace bien en dar la noticia de esa forma. Este departamento de Ufología no desea ser sensacionalista en ningún modo, provocando pánico sobre supuestos invasores de los que no sabemos siquiera si existen.

—Me huelo que usted seguirá investigando —objetó el policía.

—Es mi obligación, para eso estoy aquí. Por cierto, usted podría ayudarme en mi investigación; yo también quiero demostrar algo.

—¿El qué quiere demostrar? —preguntó, suspicaz.

—Pues que no hay invasores, sino tipos que quieren aprovecharse de una supuesta invasión de extraterrestres para sus fines.

—¿Qué fines?

—Piense, por ejemplo, que la SAS puede reaparecer. Quizá tenga nuevos miembros, sangre joven, y hayan urdido el plan de crear pánico. Ignoro cómo podrían aprovecharse después de la situación, pero quizá tengan algún medio.

—No es una mala teoría, pero, por favor, no la exponga a la luz pública. Si el comisionado de policía piensa que yo he tenido algo que ver en ella, me cesará en el acto. Ya conoce la norma de no provocar odio entre razas.

—Nada más lejos de mi intención, pero me gustaría hablar con los miembros dirigentes del desaparecido SAS.

Tanto el teniente como la propia Ava le miraron como si se hubiera vuelto loco.

—¿Sabe lo que dice? —preguntó el oficial de la policía—. Esos tipos son terroristas que sólo se sacian matando blancos.

—Lo mismo que hay bancos que sólo se sacian matando negros. No se trata de fomentar odios de razas. Básicamente soy integracionista y quiero una entrevista con esos tipos.

—Dan, le matarían si se mete en sus madrigueras. En realidad, son asesinos que se enmascaran con la problemática racial.

—La señorita tiene razón. Si se mete en uno de esos avisperos negros no saldrá con vida.

—Sé cuidarme, teniente, sólo le pido que me ayude, que me dé datos. Yo conseguiré entrevistarme con ellos.

—No lo creo —aseguró Cassidy, escéptico—. A lo sumo, lo que sucederá es que tengan que recoger su cadáver de alguna alcantarilla.

—Ese es mi riesgo, pero si tengo que hacer una investigación, la llevaré hasta el final, ocurra lo que ocurra. Es mi sistema de hacer las cosas.

—Si ésa es su decisión, no le envidio su despacho, su oficina y su bella secretaria, mayor Crackson. Lo va a disfrutar todo durante muy poco tiempo; considérese ya hombre muerto —sentenció el experto y veterano policía del caótico Nueva York.

CAPITULO VII

Sammy Gordon era un ejemplar de la raza negra que habría podido destacar como uno de los más brillantes y ágiles pesos pesados, pero él no se había dedicado al deporte de las doce cuerdas como lo habían hecho los ya desaparecidos Joe Louis, Cassius Clay y Foreman. Sammy Gordon se había dedicado a una causa que había considerado sagrada: servir a la Secta Secreta de los Asesinos.

La secta, tras su casi total aniquilación, había sido apuntillada por unas luchas intestinas, y el FBI creía que Sammy Gordon había muerto.

El cabello de Sammy Gordon se había tornado blanquecino y su mirada, más filosófica, aunque procuraba que fuera agresiva, hostil y suspicaz a los nuevos delfines de la secta que trataban de reavivar el fuego sagrado del terrorismo.

Gordon había caminado demasiado para creer en el placer de la venganza, en la satisfacción a través de la sangre derramada, y en los últimos años se había sentido tranquilo mientras la SAS dormía el sueño de los olvidados y la raza negra se multiplicaba en New York, apoderándose con su simple presencia de los edificios que iban abandonando los blancos.

Donorius conducía aquel pequeño hover-craft de línea alargada por el interior de las principales alcantarillas de Manhattan.

Se habían acostumbrado a utilizar las alcantarillas como vías de circulación, y sus limpiadores, como eran de la misma raza, no decían nada a sus superiores de la comisión de limpieza municipal. De este modo, se trasladaban de una parte a otra con gran facilidad y rapidez gracias al hover-craft, que se deslizaba por encima de las cabezas de las ratas, que chillaban histéricas, protestando a su paso.

Donorius tenía la espalda tan amplia como Sammy Gordon, pero tanto los músculos como sus huesos eran más jóvenes. Gordon no simpatizaba con él y se daba cuenta de que si la SAS reaparecía, Donorius sería el jefe más sanguinario que habrían conocido y hallaría adeptos con facilidad, pues los resentidos abundaban, desgraciadamente.

A Gordon no le agradaba aquella enigmática alianza de la que le había hablado

Donorius y en la que no acababa de creer.

Donorius, astutamente, trataba de meter a Gordon en todo aquel complicado asunto de los alienígenas para que, por su personalidad entre los negros de la secta, se aceptara la proposición de Donorius.

El representaba la juventud, la fuerza, el empuje, pero Gordon compensaba el fiel de la balanza con su resabiada experiencia y, a la vez, nadie podía reprocharle que no hubiera luchado por la causa de la SAS, ya que había participado en las acciones más arriesgadas durante las cuales habían sido barridos numerosos miembros de la secta por el plomo federal.

Con una difícil maniobra, Donorius sacó el hover-craft de la alcantarilla principal y se introdujo por una galería lateral, tan negra como la sima más profunda, taladrada ahora por la luz del faro que tenía en su morro el vehículo que se deslizaba sobre un colchón de aire.

Más adelante detuvo el vehículo y movió el dial de lo que parecía un aparato de radio.

Un muro se corrió hacia un lado, dejando una abertura bajo las entrañas de Manhattan.

El muro volvió a cerrarse y quedaron en los sótanos de lo que otrora fuera un Banco ahora abandonado por hallarse en la zona invadida por la presencia de la raza negra, que se rebelaba contra el trabajo.

Igual había ocurrido en otros puntos de la Tierra con las razas amarillas, blanca y otras, pues el fenómeno del rechazo del trabajo era universal y traía grandes preocupaciones a los gobiernos que veían sus ciudades asfixiadas, colapsadas por aquel movimiento masivo de indigencia contra el que era difícil luchar, pues no había suficientes centros para internar a quienes se negaban a trabajar.

—Creo, Donorius, que te están engañando —le dijo a boca de jarro, a sabiendas de que el orgullo de aquel joven sediento de sangre se sentiría herido.

—A mí no me engaña nadie —gruñó—. Pactando con los alienígenas tendremos el poder, y los que nos han avasallado hasta ahora nos besarán los pies suplicándonos por sus vidas.

—Donorius, equivocamos el camino, sólo hemos conseguido sangre. Nuestro pueblo, cuando murió Luther King, se equivocó.

—¿Eres un traidor a la secta?

—No me hagas reír. Sabes perfectamente que no soy un traidor y que a ti te falta mucho para que te respeten como me respetan a mí.

—Sí, tienes cierta aureola, hay que admitirlo. Los blancos te creen muerto y los nuestros te respetan. Tienes razón al decir que estuvimos equivocados antes, pero ahora todo será distinto. Esos alienígenas tienen poder y nos lo darán a nosotros.

—¿A cambio de qué, a qué precio? Me temo que sólo haremos que cambiar de dueño, aunque hemos de reconocer que ahora no tenemos amo. Nos negamos a colaborar,

queremos partir de cero y eso no puede ser. Tendríamos que aceptar las propuestas de culturización que nos ha hecho el Gobierno federal.

—Eso son promesas que se lleva el viento. Antes de que la SAS naciera, también nos habían prometido cultura y las escuelas más pestilentes eran para nosotros los negros, si es que había suficientes.

—No sé de qué te quejas si tú no fuiste a la escuela cuando niño y no porque no tuvieras plaza.

—Mira, Gordon, será mejor que llevemos todo este asunto juntos y bien. La alianza con esos sujetos nos interesa. De momento nos piden colaboración a nosotros y no a los blancos.

—Será porque les temen.

—Bah, ellos son más poderosos, su técnica es muy avanzada. Ese plato volante está bien armado.

—Es posible, pero quizá sean pocos. ¿Qué ocurrirá si con nuestra ayuda barren a los blancos? Luego, nos barrerán a nosotros también.

—Eres demasiado receloso con los que nos tienden la mano, Gordon; ahora mismo podrían estar escuchándonos. ¿Quién va a poder luchar contra ellos, si son invisibles?

—Quizá les vean con infrarrojos u otra clase de visores. Acuérdate del viejo ese que habló por la televisión diciendo que los había visto.

—Ese viejo no volverá a ver nada más, y si la policía se ha tragado lo de que ha sido

asesinado por un toxicómano, no investigarán más.

—Pero, Marcus ha muerto.

—Mejor muerto que vivo; así no nos delatará. Cuando eras joven, tú hablabas como yo ahora.

—Puede que sí, pero entonces, mi sangre hervía.

—¿Es que ahora tienes la sangre fría?

—Ten cuidado, Donorius, no continúes, podría molestarme algún insulto tuyo.

—¿Es una amenaza?

—Tómalo como quieras —le replicó con voz bronca.

Donorius no era estúpido y había oído hablar mucho del arrojito y de la temeridad de Gordon, que pese a los años conservaba la fuerza en sus músculos. Rió primero ligeramente y luego, con grandes carcajadas que rebotaron contra los muros de aquel sótano húmedo y lóbrego.

—Vamos, Gordon, arriba, o terminaremos llegando tarde a la reunión.

Subieron a otro sótano y luego pasaron junto a la abandonada y gran caja de caudales, que permanecía cerrada. Varios compartimentos enrejados se hallaban abiertos y por ellos pasaron hacia unas escaleras. Llegaron al gran *hall* bancario, aislado de la calle por rejas más o menos artísticas, pero de dos pulgadas de grosor.

—¿Dónde es la reunión? —preguntó Gordon, mirando con recelo a su alrededor.

Todo estaba lleno de sombras. Donorius llevaba una linterna con la que se iluminaba.

—Arriba. No hay ascensor, el edificio tiene la electricidad cortada.

Ascendieron doce pisos peldaño tras peldaño, siempre hallando eco sus pasos y sin guardián que les cortara el camino.

Al fin, Donorius se enfrentó con una puerta tapizada en cuero que, pese al abandono general, ofrecía un aspecto bastante impecable a la luz de la linterna.

Tomó la manecilla y franqueó la entrada a la sala de

reuniones para el ya desaparecido
consejo de administración.

La estancia estaba iluminada por una lámpara de gas
enroscada sobre la bombona que la sostenía.

Cuatro rostros les miraron.

Dos eran blancos y los otros, negros.

Gordon conocía muy bien a los dos negros. Eran Wassman
y Masai, dos de los más peligrosos negros de la renaciente
Sect Assassin's Secret; pero a quien Gordon observó con
mayor atención fue a los dos blancos.

—A vosotros os conozco, sois Giano y Belter. —Se volvió
rápido hacia Donorius y dijo—

No me habías dicho que la Organización del Crimen...

Donorius le cortó:

—Hace falta dinero, Gordon, para todo hace falta dinero. La
SAS se convertirá en una división perfectamente armada,
adiestrada y pertrechada, y para eso hace falta dinero. La
Organización del Crimen quiere invertir para asegurarse un
puesto en el futuro gobierno mundial, porque esta vez no se
trata de una acción localista en Estados Unidos, sino en todo
el mundo.

—Y yo que creía que te caían mal todos los blancos, ahora
resulta que los blancos más sucios sí pueden ser amigos
nuestros.

—Más sucios, no. Todos son sucios y ellos son aliados. Los dos blancos de la Organización miraron a Gordon con hostilidad.

De pronto, la puerta de la sala se cerró aparentemente sola y se escuchó una voz que sonaba como lejana y metálica, una voz extraña para todos.

—Por favor, siéntense.

Gordon miró a Donorius y ambos ocuparon sendas butacas alrededor de la larga mesa. Se encendió una luz violácea.

Era como una bola cuya energía semejaba partir del interior de la misma. Después, sin que nadie tocara la lámpara de gas, ésta se apagó y toda la estancia adquirió aquel color violáceo.

De pronto, al otro extremo de la mesa, donde se hallaba el sillón en el que un día se sentara el presidente del Banco, comenzó a aparecer una figura humana fosforescente.

A Gordon le dio la impresión de estar presente en una aparición espiritista. Aquella figura no semejaba sólida, era como si fuera a disolverse en el aire de un instante a otro, pero estaba allí, frente a ellos, mirándoles con unos ojos que no quedaban muy claros, como el resto de la imagen. Era como si estuvieran pasando una proyección muy borrosa, y a más de uno se le ocurrió pensar que aquella figura espectral podía ser atravesada por una mano como si careciera de materia.

Gordon había presenciado reuniones de espiritistas, también de vudú y de falsos santones, pero aquello era distinto y algo se le revolió en el estomago.

En innumerables películas de ciencia-ficción se había descrito a los alienígenas como poseedores de poder telepático, y Gordon deseó que, si efectivamente eran extraterrestres, no pudieran leer en su asustada mente.

—Nosotros venimos de Ikara, un lejano planeta que gira alrededor de una estrella que sus astrónomos tienen clasificada, pero que no viene ahora al caso describir. Ya

saben qué es lo que deseamos que hagan. Deberán preparar un cuerpo policial dispuesto a todo y tendrán que imponer el sometimiento total del resto de los habitantes de la Tierra. En este mismo momento, en otros países se están celebrando reuniones como ésta. Cuando las fuerzas policiales estén preparadas, nosotros anunciaremos a todos los habitantes del planeta nuestra presencia. Arrasaremos ciudades enteras con nuestras poderosas armas.

—¿Quieren aniquilar toda la vida de este planeta? — preguntó Gordon, con sarcasmo.

—No, bastará con unas inequívocas demostraciones de fuerza, lo mismo que hicieron ustedes los americanos hace ya casi medio siglo en el Japón, con sus ridículas bombas atómicas. Mientras el pánico produzca las reacciones que esperamos, exigiremos la destrucción de todas las armas y la disolución de todos los ejércitos. Sólo gobernará bajo nuestras órdenes la fuerza policial que ustedes prepararán en un lugar que les indicaremos. Mientras, deberán reclutar miembros dispuestos a todo, a matar y a morir, con una disciplina férrea sólo comparable a la más severa disciplina de las policías militares que se destacaron en la guerra mundial que tuvieron ustedes hace casi medio siglo.

—¿Conocieron ustedes a los hombres de las SS? — preguntó Belter, con evidente asombro.

—Nosotros conocemos muchas cosas, más de las que ustedes pueden imaginar. Hace años que les venimos observando.

—¿Luego era cierto todo lo que la prensa publicaba respecto a platillos volantes? —

preguntó Sammy Gordon.

—Siempre ha sido cierto, y nosotros nos hemos aprovechado de la incredulidad de la mayoría, que se ha reído de la minoría que aseguraba haberlos visto.

—¿Cuánto dinero hará falta? —preguntó Giano súbitamente mientras se frotaba los pulgares de sus manos el uno contra el otro, en un movimiento nervioso.

—Mucho —respondió aquel ser que parecía inmaterial y fosforescente—. Tendrán armas terrícolas y las comprarán de forma que nadie sospeche nada sobre el cuerpo policial que van a constituir. Una advertencia: Serán aniquilados todos aquellos que se indisciplinen, deserten o simplemente representen un obstáculo para nuestros planes.

—¿Y cuáles son sus verdaderos planes? —preguntó Gordon, pensando que no oiría la verdad.

Mas se equivocaba. De labios de aquel extraño ser iba a escuchar para el planeta Tierra los mayores horrores y atrocidades. Ni la más calenturienta mente de un miembro de la SAS hubiera podido llegar a planearlos.

Sin embargo, los demás escuchaban obsesionados, ya con la mente llena de ambición descontrolada.

Y Gordon sintió un miedo jamás experimentado, pero tuvo que tragárselo. Si se daban cuenta de su temor, lo aniquilarían en el acto.

CAPITULO VIII

Dan Crackson había colocado el piloto automático al mando de su coche. Rodando por la autopista que le conducía al lago losco, ya rebasaba la velocidad promedio de trescientos kilómetros hora.

Su *sport* no tenía una sola vibración. Se deslizaba inmerso en una pegajosa niebla que podía esconder una próxima tormenta agostina.

En la pequeña pantalla del salpicadero del coche estaban viendo todos los posibles obstáculos que se hallaban a trescientos metros delante del cristal parabrisas para que el automóvil, en caso necesario, tuviera tiempo y espacio para frenar a aquella alta velocidad de crucero.

Ava, sujeta por los atalajes de seguridad, estiraba sus hermosas piernas, hundiéndolas en el morro del automóvil sobre la suave moqueta, pues el asiento estaba a ras de suelo para ofrecer mayor aerodinamismo.

—¿Quieres un cigarrillo?

Ella aceptó uno de los pitillos depurados y se lo llevó a los labios. Dan golpeó ligeramente el suyo contra la piel de la pierna de Ava, la cual le miró y sonrió.

—No debería haberte pedido que me acompañaras —le dijo Dan, ya tuteándola.

—¿Por qué? ¿Acaso eres de los que opinan que las mujeres estorbamos cuando se trata de trabajar?

—No, claro que no, pero intuyo que habrá peligro.

—¿De veras crees en esos supuestos extraterrestres?

—No sé qué pensar. Sería muy fácil aceptar las teorías del teniente Cassidy de que sólo se trata de algunos de los miembros de la ya extinta Secta Secreta de los Asesinos; sin embargo, no estoy satisfecho, hay algo raro.

—¿Qué has descubierto con el aparato que llevaba encima ese Marcus?

—Era una máquina fotográfica combinada con un

diminuto magnetófono con pilas de mercurio. Es un artilugio empleado por los espías industriales. Abulta poco y se puede camuflar fácilmente. Nos había hecho un par de fotografías con la película de alta velocidad y también había grabado nuestras voces y palabras.

—Pero el aparato es totalmente terrestre.

—Sí.

—¿No te sientes más tranquilo?

—Sólo hago que dar vueltas a lo que dijo el viejo asesinado. Esos alienígenas, según él, estaban acompañados por un negro y subían a un coche, lo que quiere decir que pueden aprovechar nuestra técnica o quizá es que no desean poner sus medios, supuestamente muy avanzados, en manos de sus aliados por considerarlos unos traidores a su especie, es decir, a nosotros, y nadie se fía de los traidores.

—Me asustas un poco. Dan. Hablas dándole demasiada fuerza a la hipótesis de la existencia de los invasores y sólo tenemos a un viejo asesinado.

—Y al cadáver de un negro que perteneció a la SAS.

—Eso no nos dice nada sobre los invasores.

—El viejo no habría dejado las gafas en nuestras oficinas si fueran las únicas que poseía.

Ava apartó la mirada de la pantalla del salpicadero en la que acababa de aparecer la advertencia de un desvío. El piloto automático del *sport* ya había asimilado la señal en su pequeño cerebro electrónico y se ceñía a su carril, absorbiendo las marcas luminosas impresas en el asfalto y que tan necesarias le eran para mantener la ruta automática por la autopista de circulación ultrarrápida.

—¿Crees de veras que con esas gafas podía ver a los alienígenas?

—Habrá que comprobarlo. De momento, el laboratorio de análisis no puede darme un veredicto.

—¿No lo han analizado aún? Me refiero al cristal de las gafas.

—Se han quedado uno de los vidrios, el otro lo llevo encima. Me han comunicado que se trata de una emulsión plástica con unos colorantes no clasificados y que la suspensión obtenida por el químico aficionado ha sido enfriada por ultrarrapidez.

—No entiendo.

—Es la diferencia que hay entre enfriar un café, dejándolo tranquilamente sobre una mesa, y otro café humeante que se introduce en una cámara frigorífica a una temperatura inferior a los cien grados por debajo del cero Celsius. Los líquidos así enfriados cristalizan de forma distinta. Muchos tienen propiedades distintas según la velocidad de cristalización por enfriamiento y el viejo debía conocer algunos trucos. Cultivar lechugas no sabría, pero por lo visto se daba maña en sus manejos.

—¿Y es importante esa fórmula?

—Puede serlo. Si se conoce la composición, podrán hacerse más pruebas e incluso averiguar qué cuerpos pueden verse a través de ese filtro óptico. La verdad, Ava, me huelo que alguien más sabe lo del poder real de esas gafas.

—Cada vez dudas menos, cada vez hablas con mayor seguridad sobre el verdadero poder de un filtro que nadie

más que un viejo ha probado. ¿No habrás venido al departamento de Ufología con un exceso de credulidad? Ya conoces la norma: «no creer ni dejar de creer».

—Habían registrado la habitación del viejo Mac Campbell. Sabemos que le faltaba el dinero y que había restos de «hierba» que podían haber dejado expresamente, creando pistas que estorbaran la investigación policial, pero había una cosa que creo faltaba.

—¿Y qué es?

—Unas gafas, unas gafas idénticas a las que el viejo dejó en el departamento de Ufología.

En pantalla apareció otra señal luminosa. Eran unos guarismos que fueron engullidos por la computadora del automóvil. Automáticamente, siguiendo la ruta marcada previamente por Dan, el coche enfiló por el desvío y aminoró la velocidad al tiempo que, gradualmente y mediante la advertencia de una luz roja intermitente en el salpicadero, el piloto automático se desconectaba, dejando la conducción de la máquina de nuevo en las manos humanas.

Pasaron a una autopista convencional y luego a una carretera ordinaria por la que viajaron a sólo ciento cincuenta kilómetros por hora.

Rodaron cerca de las aguas del lago losco, que se veían más grises que azules, quizá por reflejo de un cielo encapotado que amenazaba tormenta. Era como si el viento se

hubiera detenido y faltara una ráfaga que zarandeara a aquellas nubes para hacerlas escupir toda el agua y la electricidad embolsadas en sus gigantescas panzas oscuras.

Dejaron de ver el lago para introducirse en la población de Wanaque.

En la calle principal, Dan Crackson detuvo el coche como si hubiera llegado a su objetivo.

—¿Ya estamos?

—No lo sé.

—¿Qué hacemos aquí, entonces?

—Creo que fue aquí donde el viejo vio a los alienígenas.

Ava Emerson hubiera querido reírse, mas al descubrir la gravedad y la preocupación en el rostro del hombre, no lo hizo. No obstante, se atrevió a preguntar:

—No esperarás ver lo mismo que el viejo, ¿verdad?

—Ojalá pudiera ver y constatar que sólo era un reflejo óptico de algún luminoso publicitario o algo por el estilo.

—Esa teoría no está nada mal.

Sin convencimiento, con preocupación, Dan Crackson sacó aquella montura con un solo cristal, si es que podía llamarse cristal al plástico de confección casera que servía como filtro.

Cogidas por una varilla, las gafas bailaron en su mano.

Ava se las quitó y con cierta ligereza se las colocó ante los ojos para mirar hacia la calle.

De pronto, vio algo que la sorprendió.

Era un automóvil que rodaba por la calle que cruzaba la vía principal. Al volante iba un negro y a través del cristal pudo ver que junto al negro iba un viajero delgado, de largos cabellos rubios, un tipo muy extraño.

Al cerrar un ojo y mirar a través del agujero vacío de la montura, sólo vio al negro.

—¡Dan!

—¿Qué?

—¡Pellízcame!

—Caramba...

—¡Pellízcame, por favor!

Dan, que creía que Ava sólo pretendía quitarle el malhumor, la complació pellizcándole el muslo. En el acto, Ava dio un respingo.

—¡Ah!

—¿No es lo que me has pedido?

—Sí. Entonces, no estoy dormida.

—¿Qué ocurre?

—Un auto qué cruzaba la calle llevaba a un extra-terrestre como dijo el viejo. Acabo de verlo.

—¿Cómo, qué auto?

Mas, en aquel momento, un alud de coches en dirección contraria a la suya impedían todo paso por el cruce, ocultando al auto conducido por el negro que se alejaba.

CAPITULO IX

La pequeña granja del viejo Zachariah Mac Campbell se hallaba en un bosquecillo que moría en el lago.

Un ayudante del *s h e r i f f*, en una supermoto, les había conducido hasta ella y ahora les entregaba la llave de la casa.

—¿Van a registrarla?

—Es posible —dijo Dan, tratando de no dar demasiadas explicaciones al policía, que ya estaba en antecedentes de la violenta muerte del viejo Mac Campbell.

Por su parte, Ava dijo:

—Por lo menos nos protegeremos en ella cuando descargue la tormenta.

—Si —aceptó el policía, mirando al cielo—. Está muy cargado, pero no se mueve ni una hoja de árbol. Como venga una ráfaga de aire, se desencadenará la tormenta. Esta clase de tormentas son muy raras, pero suelen ser muy violentas. Es como si aquí, en Wanaque, estuviéramos ahora en el ojo del huracán.

—Pues esperemos que el huracán no arrase esta pequeña granja —dijo Dan Crackson, que trataba de disimular su contrariedad por habérseles escapado el coche que transportaba al alienígena y del que, además de ir conducido por un negro, Ava sólo recordaba que era de color verde oscuro.

No podía movilizar a las fuerzas policiales a la busca y captura del coche diciendo

que dentro de él viajaba un supuesto invasor. Le tomarían por loco o se crearía un caos de pánico que dejaría pálido al que organizó Wells con su *G u e r r a d e l o s m u n d o s*, emitido desde una emisora de radio en el año 1938.

El policía, que era joven, había observado con mucha atención a la rubia Ava. Sacudió la cabeza, diciéndose que él no tenía la suerte de aquel mayor de las Air Forcé, pues

Dan Crackson sólo había revelado bajo secreto al juez que le había entregado la orden para que el *sheriff* les dejara entrar en la casa del asesinado Mac Campbell, que pertenecían al departamento de Ufología de la ONU.

A horcajadas sobre la supermoto, cuyo motor emitía un pronunciado silbido, el policía se alejó de la granja.

Dan y Ava llegaron ante el zaguán. Dan introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Frente a ellos había un completo desorden. El viejo no debía contratar a nadie para que limpiara y ordenara la vivienda.

De pronto, escucharon unos quejidos que les obligaron a volverse.

Por la puerta apareció un perro de compañía: era una coqueta pekinesa albina.

—Mira, Dan. ¿Sería del viejo?

—Posiblemente. Ella estará esperando a su dueño.

Ava se inclinó hacia la perrita, la cual, cariñosa, se alzó de manos para ponerlas sobre los atractivos muslos de la mujer.

—Un amo que ya nunca volverá y este animalito no lo sabe.

—Tendremos que dar aviso a la oficina de protección de animales y plantas para que pasen a recogerla. Luego, la entregarán a algún posible heredero de Mac Campbell, si es que existe.

—Creo que no tiene herederos. Todo lo suyo, tras un tiempo adecuado, pasará a propiedad del estado, pero yo intentaré quedarme con la perrita.

Ava miró la placa plástica fosforescente de su collar y grabó los datos en su memoria para luego preguntar en la oficina del *s h e r i f f* si el animal pertenecía al muerto.

No era tarde todavía; sin embargo, el cielo oscurecía rápidamente. Cada vez estaba más y más negro, pues, por lo que podía observarse, aunque a ras de tierra no se moviera una hoja, a unos cuantos miles de pies de altura, ráfagas de viento empujarían a las nubes como si alguien, muy arriba, se divertiera preparando una gran y estruendosa travesura que a todas luces resultaría pasada por agua.

—Habrá que encender luces —dijo Dan, accionando los conmutadores.

La casa era más bien pequeña. Ava se fijó en un viejo *b u r e a u* de madera de roble sin tan siquiera barnizar, pues la madera sólo estaba cepillada.

Sobre la tabla que hacía las veces de mesa escritorio había muchas fórmulas escritas con rotuladores gigantes, como habría hecho un estudiante en un colegio, preocupado por los problemas que debía resolver.

—¡Mira, Dan, aquí está! —gritó Ava.

La perrita la miró y se puso a ladrar alegre, en tono chillón.

—¿Qué has encontrado?

—Pues el carnet identificativo de la perrita.

—Vaya —exclamó Dan, desinflándose un tanto.

Ya no sabía cuándo una exclamación de Ava iba a ser el pregón de algo importante o simplemente emocional, sin valor para lo que estaban buscando.

—Ahora ya sabemos que la perrita pertenecía a Mac Campbell y que se llama

«Lity».

—Y que está vacunada contra el moquillo —añadió Dan, sarcástico.

—Pareces molesto —observó ella, acariciando a la perrita, que había dejado de ladrar.

Dan no respondió.

En aquel momento se escuchó el fragor de un trueno e, instintivamente, miró hacia el techo. Después, desvió la mirada hacia la ventana.

A lo lejos, las aguas del lago se confundían con las nubes.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer. Eran gruesas y golpeaban las hojas de las plantas que crecían en la granja, haciendo repiquetear el viejo techado de la casita sin pretensiones y carente de los últimos adelantos del confort.

—Parece que va a caer un diluvio —observó Ava.

—Esperemos que este lugar no tenga muchas goteras.

—¿Hemos de quedarnos aquí mucho rato?

—Pues no creo. Quiero registrar la casa. Me gustaría hallar la fórmula de ese plástico para filtro óptico que inventó el viejo.

—Lamento que no hayas podido seguir al coche que he visto, pero te juro por mi vida que es cierto.

—Lo creo, porque yo me he probado las gafas y no veo nada anormal. Me temo que este lugar ha sido elegido especialmente para esos invasores y me gustaría saber por

qué.

—¿No será mejor avisar al consejo de seguridad de la ONU?

—No, hasta que tengamos pruebas definitivas. Nuestro departamento puede provocar la risa o el pánico con mucha facilidad y debemos andarnos con pies de plomo. Si esos alienígenas están aquí, buscaremos pruebas de su existencia o, si fuera posible, el lugar de su escondite al tiempo que tratamos de conseguir más gafas con las que puedan mirar los incrédulos.

—Pero la policía podría capturar a uno de esos negros; me refiero al chófer del coche.

—Es posible que pudieran capturarlos, pero ¿quién nos garantiza que sobreviviría a la captura? Acuérdate de la muerte de Marcus. Se suicidó lanzándose desde la azotea. Pueden estar mentalizados para suicidarse en el caso de caer prisioneros. Ignoramos la potencia mental de que disponen esos seres extraños, invisibles a nuestros ojos terrestres. Si no hubiera sido por el *h o b b* y de un viejo que algunos calificarían de chiflado, posiblemente no los habríamos descubierto hasta que ellos quisieran darse a conocer, y quizá entonces ya fuera demasiado tarde.

Mientras intercambiaban palabras, la lluvia había arreciado, lo mismo que un violento temporal que semejaba brotar de la superficie del oscuro lago.

Ráfagas de viento con lluvia penetraron por puertas y ventanas. Ava y Dan se vieron obligados a cerrarlo todo con rapidez mientras, afuera, arbustos y árboles de escasa edad eran arrancados brutalmente de la tierra, que rápidamente se convertía en barro que ensuciaba todo lo que quedaba a su alcance.

CAPITULO

X

La reunión se celebraba en la planta quinta de un *parking* subterráneo abandonado en el centro de Manhattan, zona ocupada por la invasión de los negros que se multiplicaban sin querer integrarse.

Las salidas y entradas del *parking* subterráneo estaban selladas con hormigón, pero se habían hallado otras entradas, agujeros practicados en las paredes y aberturas que conducían desde las cloacas al estacionamiento en desuso, pues aquel movimiento negro parasitario dejaba como ingenuo el movimiento *hipp* y que tuviera lugar un cuarto de siglo atrás.

Allí nadie quería trabajar en absoluto y el pillaje y el caos se adueñaban de tal forma de cada calle que dicho movimiento negro ocupaba, que hasta la policía dejaba de preocuparse por lo que ocurriera en ellas cuando había dejado de pisarlas el último blanco.

Aquel movimiento de miseria, en algunos aspectos similar a la abulia e indiferencia india, hacía que los cadáveres tuvieran que recogerse de las aceras, pues nadie se preocupaba de ellos.

El Gobierno federal trataba de hallar una solución al conflicto, y en el Congreso, senadores blancos y negros se acusaban mutuamente de la situación.

Aquellos hombres sin trabajo, sin dinero, hambrientos muchos de los días, carentes de moral y creencias, eran terreno abonado para la semilla de la delincuencia y el terrorismo.

A Sammy Gordon no le gustaba aquello.

El, equivocado o no, había luchado jugándose la vida para vengarse del opresor y segregacionista blanco, pero siempre en busca de un futuro mejor que dejara a blancos

y a negros en una igualdad total.

Viendo lo que tenía delante, no podía escapar a la sensación de un fracaso absoluto y tuvo un pensamiento hacia el mártir de la causa negra que había pregonado la no violencia.

Donorius tenía voz y pulmones para arengar; lástima que lo hiciera por una causa sangrienta.

Electrizaba a los que tenía delante y eran varios los cientos de personas reunidas allí, en las entrañas de la isla de Manhattan, que día a día se convertía más y más en un cadáver, en un esqueleto de acero y hormigón del que los blancos huían.

Se estaba transformando también en una trampa mortal para los negros, porque el día en que llegaran a apoderarse de toda la isla, túneles y puentes serían cortados y ya no habrá qué robar.

El hambre, carcajeándose, se pasearía por las grandes avenidas que un día ya lejano deslumbraran al mundo. También los blancos se habían equivocado al edificar aquel monstruo de acero y hormigón, era evidente, porque lo estaban abandonando como lugar psíquica y físicamente inhabitable.

En el entarimado, a modo de discurso electoral, Donorius gritaba en contra del opresor blanco y como respuesta escuchaba murmullos de aprobación cuando no

rugidos de
muchas bocas
hambrientas.

Sobre el entarimado también estaban Wassman y Masai, pero no los blancos de la organización del crimen, que habían colaborado y mucho a que Manhattan se convirtiera en un basurero humano.

Sammy Gordon estaba seguro de que en aquella reunión había presentes algunos de aquellos alienígenas invisibles a sus ojos, observando atentamente. Sabía que si él se ponía en contra de Donorius, lo matarían en el acto y nada podía hacer, aunque su presencia en la tarima hacía que muchos escucharan a Donorius con más atención, puesto que creían que el veterano Sammy Gordon estaba en todo de acuerdo con él.

Donorius pedía adeptos para la Secta Secreta de los Asesinos. Prometía venganza y exigía fidelidad, entrega absoluta.

Exponía que ya tenían un lugar donde adiestrarse concienzudamente mientras los blancos creerían que se dedicaban simplemente a estudiar.

Proponía muchas cosas, y entre ellas, un futuro de poder y de sometimiento de los blancos bajo la bota del SAS. Lo que no decía Donorius era que tenían aquel pacto con los alienígenas, pues en la reunión celebrada en el Banco abandonado, los invasores habían exigido un silencio total sobre su presencia física para que no fueran alertados los ejércitos por culpa de algún soplón.

Donorius terminó diciendo:

—¡Los que crean en el futuro de poder del SAS que suban ahora mismo a la planta tercera para inscribirse! ¡Inmediatamente serán trasladados al campo de entrenamiento, donde serán convertidos en los más duros e implacables policías- soldados que haya conocido la

Historia!

Hubo un rugido de aprobación tras las palabras de Donorius.

De inmediato, un gran número de los presentes se dirigieron a la rampa que ascendía a la planta tercera, iluminados por linternas portátiles, pues las luces que habían alumbrado aquel mitin secreto se hallaban en la tarima y estaban alimentadas por baterías de automóvil.

—¡Vamos! —dijo Donorius a los demás.

Los jefes de la secta se encaminaron hacia la rampa, cerrando el grupo de los adeptos. Atrás quedaban los indecisos y los que no crecían en el SAS, en venganzas, en trabajo ni en nada.

Sammy Gordon escuchó ' de pronto algo extraño, algo que se asemejaba a la electricidad que salta de un polo a otro, produciendo descargas visibles como pequeños relámpagos sarmentosos. Se volvió hacia los que quedaban en la planta cuarta.

Se escuchó un rugido que brotó unánime de todas las gargantas que allí se concentraban.

Desde cuatro puntos distantes del amplio aparcamiento surgieron aquellos relámpagos que se expandían, electrocutando a cuantos alcanzaban, que, tras convulsionarse, caían al suelo espumeando su boca y carbonizándose después.

—¿Qué es esto, Donorius? —le increpó.

—Se lo han ganado. Nuestros aliados no quieren dejar pruebas tras de sí. Cualquiera de los que no se han unido a nuestra causa podrían explicar después que la SAS va a

resucitar. La policía se escamaría y comenzaría la caza de nuestros hermanos. Esos tipos, que son muy listos, prefieren cortar por lo sano y eliminar cualquier posible obstáculo. De este modo no tendremos problemas.

Sammy Gordon, con pupilas desorbitadas por el espanto y el asombro, observaba cómo sus hermanos de raza morían retorciéndose, sin posibilidad de escapar, encerrados en aquella ratonera de hormigón ubicada en las entrañas de la tierra bajo el agónico Manhattan.

Aquellos largos y visibles relámpagos partían de diversos puntos tras los cuales adivinaba se hallaban los alienígenas, utilizando sus sofisticadas armas homicidas.

—¡Son nuestros hermanos, Donorius! ¿Cómo pides venganza contra los blancos si ahora nosotros hacemos que maten a nuestros hermanos? —clamó Gordon, congestionado—. ¿No somos nosotros peores que ellos?

—Gordon, te haces viejo. Si no te ves capaz de comenzar algo grande al lado de los aliados más poderosos que jamás haya encontrado nadie, ve y reúnete con ellos. —Señaló a los que estaban siendo ejecutados de una forma metódica mientras sus cuerpos, carbonizados, se amontonaban los unos encima de los otros.

Un humo que picaba los ojos y abofeteaba los olfatos por lo acre, escapaba de sus cuerpos.

Gordon no supo si fue miedo, deseo de vivir o resabio de viejo que pedía una mejor ocasión para hacer lo que más le conviniera.

Lo cierto fue que echó a andar rampa arriba mientras los rayos electrónicos, que no se parecían al rayo láser, pues éste era recto y limpio y en cambio los electrónicos se esparcían como manos alámbricas y brillantes en todas direcciones, alcanzaban a sus víctimas, que no podían escapar.

Donorius se echó a reír y siguió rampa arriba tras él.

Los invasores se encargaban de rematar la obra y allí no

quedaría nadie que pudiera contar nada del mitin que se había organizado antes de la masiva ejecución.

CAPITULO XI

La tormenta seguía azotando la zona del lago losco y sus contornos en un radio amplio de millas. Aquello es lo que habían oído a través del transistor que habían encontrado en la casita del asesinado Zachariah Mac Campbell.

El agua golpeaba con fuerza y a ráfagas el tejado, las paredes y las ventanas de la vivienda, de tal forma que había entrado agua por algunos puntos y ya era un milagro que el viento no la arrancara de sus cimientos para llevársela volando hacia el lago, hundiéndola luego en sus negras profundidades.

Ava había dado un respingo de desagrado cuando la electricidad había quedado cortada y ellos, a oscuras. Posiblemente, el vendaval, mezclado con el agua, había arrancado los postes del tendido eléctrico.

La tormenta había hecho que las torrenceras bajaran llenas, desbordadas, arrastrando lodo y piedras, por lo que no resultaba aconsejable viajar en automóvil hasta que la tormenta veraniega cediera. Su fuerza destructora habría de dejar mucho daño tras de sí.

Siguiendo el consejo de Dan Crackson, Ava se había acostado en la cama que tenía la casa en una de sus dos habitaciones.

Ava, que tenía calor, se quitó algo de ropa. Dan, que pese a la tormenta también sentía aquel calor sofocante que le hacía sudar, le acarició la espalda y la besó debajo de la oreja. Después, en la mejilla. Ava sonrió en la oscuridad. Era el primer beso que recibía del hombre. Buscó con sus labios los masculinos, pero no los halló.

—Duerme. Voy a encerrar el auto en el garaje para que no se lo lleve el barro y de paso buscaré por el garaje a ver si encuentro algo.

—Como quieras —aceptó ella, relajándose en el lecho.

Por unos instantes, la proximidad del hombre, sus caricias,

le habían hecho olvidar la existencia de los alienígenas que ella misma había visto.

«Lity», la perrita, trató de seguirle, pero Dan la puso en la habitación, dejándola a los pies de Ava. Luego, con una pequeña linterna convencional, salió al exterior.

Una ráfaga de agua lo empapó más de lo que ya estaba por el sudor. Se introdujo rápidamente en su coche *s p o r t*.

El garaje, si es que podía llamarse así, pues bien había podido ser un gallinero, tenía el portalón abierto. Había estado batiendo, empujado por las ráfagas de viento.

Encendió los potentes faros e iluminó el garaje de lleno, bajo la lluvia y en la negrura de la noche. El motor arrancó silenciosamente y metió el auto en el gallinero, lenta pero con fácil maniobra, empujando el portalón con el propio parachoques.

Ya dentro del garaje, cerró la puerta del mismo, atrancándola desde su interior para que no batiera, pues ya sabía que una pequeña puerta comunicaba la casa con el garaje.

Allí había restos de autos casi prehistóricos. También había un largo banco de trabajo y diversos útiles, lo que revelaba bien a las claras que el viejo Zachariah había escogido aquel lugar para sus experimentos cuando había desertado de cultivar sus verduras, que ahora cuidaba su vecino con más gracia que él.

Dan se interesó por los diversos útiles, muy simples en su mayoría. También había algunos aparatos comprados en algún almacén de material para laboratorio y aquello le

interesó
más.

Allí, entre libros muy distintos entre sí, lo mismo en tamaño que en contenido, halló un bloc con tapas de plástico. Lo abrió a la luz de la linterna y comenzó a ojearlo.

Manuscritas, había fórmulas químicas y datos, anotaciones y acotaciones sin demasiada ortodoxia científica, pero que intrigaron a Dan. Rápidamente, pasó hojas. Sabía que Campbell tenía bases científicas muy ligeras, pero el viejo se había sentido inclinado por aquel *h o b b y y* y se había visto obligado a garabatear fórmulas que debían de haberle proporcionado muchos dolores de cabeza.

Embebido como estaba, tratando de descifrar aquellos jeroglíficos semicientíficos, no advirtió el acercamiento a la casa de un vehículo rodante que avanzó por el barro hasta el zaguán.

Allí se detuvo, disolviéndose el ruido propio del auto con el fragor de la lluvia, que hacía salpicar el barro frente a la casa, un barro líquido que amenazaba con convertir en marismas cenagosas todo aquello.

«Lity», la pequeña perrita pequinuesa, frunció ligeramente su nariz y puso enhiestas sus orejas mientras miraba a través del umbral de la puerta de la habitación hacia la salita-comedor.

La respiración de Ava Emerson era profunda.

Se escuchaba un ruido ligero que se confundía con el golpear de la lluvia contra el tejado, no muy recio y, por supuesto, ajado por los meteoros atmosféricos.

El animal, con el instinto propio de su especie, aunque su presencia, por lo pequeña e insignificante, aparte de graciosa y podría decirse que bella, no asustaría ni a una rata grande, saltó de la cama y correteó hacia la puerta en medio de una oscuridad casi total, pero su pelaje albino despedía luz.

Alguien tenía empuñado el pomo de la puerta por fuera y trataba de abrir la puerta sin conseguirlo mientras la lluvia continuaba encharcándolo todo.

La perrita, como si pensara que quien estaba afuera era el hombre que había acompañado a la mujer de la cual se había hecho amiga, se sentó sobre sus cuartos traseros y movió la cola con cierta alegría, esperando que la puerta se abriera.

De pronto, la cerradura comenzó a calentarse pese a la lluvia exterior. De simple calentura pasó a rojo y terminó fundiéndose. Era como si por su parte exterior hubieran aplicado un soplete o algo similar para fundir el hierro limpiamente, aunque la madera de alrededor se había chamuscado y el olfato de la perrita acusaba el desagradable olor de la pintura quemada.

Al fin, la puerta se abrió y la actitud alegre de la perrita se trocó en hostil.

El animal demostró que su pequeñez no era obstáculo para tener valentía. Se incorporó para gruñir al intruso, mostrándole sus diminutos pero afilados dientes.

Allí había algo que el animal no comprendía. Su olfato y su oído le advertían que delante tenía a un ser extraño que, además, no olía como correspondía; sin embargo, sus ojos no lo veían. Sin arredrarse, comenzó a ladrar.

De un punto del espacio, a media altura del umbral, brotaron unas chispas eléctricas ramificadas que electrocutaron al animal. Sólo tuvo tiempo de lanzar un prolongado aullido de dolor antes de enroscarse, carbonizado.

CAPITULO XII

Dan Crackson había escuchado los ladridos de la perrita, que, pese al rumor intenso de la lluvia, llegaron claramente hasta él.

Quedó pensativo un instante. Guardándose en el bolsillo el bloc que había encontrado, se dirigió a la puerta que comunicaba con el interior de la casa.

Aquella puerta daba a una habitación desocupada que hacía las veces de despensa- granero, pues allí había almacenado Mac Campbell en cajas y sacos, sin demasiado orden, lo que su vecino había sacado de su huerta.

Dan, por precaución, apagó la linterna. Despacio, como intuyendo algo desagradable, pasó al interior de la casa.

Desde la habitación vio que la puerta de entrada batía empujada por el viento. La luz penetró por el hueco pese a los nubarrones. Era noche de luna, una luna que conseguía filtrarse a través de las nubes, si no para ver con claridad, sí para no quedar a ciegas si las pupilas ya se habían acostumbrado a la escasa luz.

Había un bulto en el suelo, un bulto pequeño e insignificante, pero allí olía mal. Quizá otro hubiera pensado que olía al ozono producido por los relámpagos de la tormenta; pero no, olía a algo chamuscado, a carne quemada.

Aquello le desagradó e, instintivamente, se llevó la mano al bolsillo superior de su chaqueta de verano, mojada por la lluvia.

Extrajo aquellas gafas construidas por el viejo jubilado y en las que sólo había un filtro, pues el otro estaba siendo estudiado meticulosamente en los laboratorios.

Se colocó las gafas y miró en derredor. No vio absolutamente nada. La poca luz ambiental quedó en nada a causa del filtro, pero al avanzar un par de pasos hacia la habitación en que dormía Ava, descubrió de pronto lo

inesperado y esperado a la vez, aunque fuera una paradoja.

Aquel ser muy alto y extremadamente delgado, rubio, de ojos claros y todo él casi fosforescente, destacaba visiblemente a través del filtro, como si todo él despidiera una luz que el filtro hacía que el ojo humano pudiera captar.

El ojo sin filtro no veía nada, es decir, veía la cama en la que yacía Ava con escasa ropa, durmiendo profundamente.

Junto a la cama estaba aquel sujeto que de ninguna manera podía pertenecer a lo

conocido por el hombre de la Tierra. Aquel ser portaba algo en la mano: era como una especie de linterna cuadrada.

Dan recordó el olor a quemado y se dijo que la vida de Ava podía estar en inminente peligro. Debía actuar.

Aquel ser parecía no haberle descubierto a él y Dan logró sorprenderle lanzándose en plancha contra él.

La mano armada del extraño se revolvió. Brotó el rayo eléctrico con su ramificación de puntas que golpearon contra la cómoda y debió dar en algo de ella, pues se inició un chispazo que prendió en una pequeña llama.

Dan, con las gafas puestas, pues sabía que sin ellas se hallaba indefenso ante la invisibilidad del invasor, lo sujetó por la mano armada y lo volteó por el aire.

Lo sacudió contra la pared, golpeando luego la mano armada con el canto de la silla.

Le hizo perder la extraña arma que disparaba los pequeños, pero destructivos relámpagos.

Aquel ser no era el producto de una mente calenturienta. Tenía un cuerpo sólido, algo material que se podía coger y golpear. Al parecer, pese a su elevada estatura, no era lo bastante musculado para dominar a Dan, aunque sí le hizo caer las gafas de un manotazo.

A partir de aquel instante, Dan dejó de verlo, mas no estaba dispuesto a que se le escapara y cerró su mano alrededor de la muñeca del alienígena como si fuera el más duro de los grilletes.

Siguió golpeándolo. Luego, tiró de él y lo lanzó en caída de arriba abajo contra los barrotes de los pies de la cama.

El lecho se zarandeo y Ava se despertó bruscamente, medio incorporándose. Sin llegar a ver nada más aparte del fuego que se había iniciado en la cómoda, gritó:

—¡Dan, Dan!

—Quieta, Ava, estoy luchando con un invasor —rugió Dan.

De pronto, Dan sintió una fuerte quemazón en la mano izquierda. Como si se le fuera a derretir la mano, soltó su presa.

El extraño, partido contra los barrotes de la cama, doblado como un pelele, se puso incandescente todo él y visible al ojo humano. Se fundió, desintegrándose después, convertido en energía.

—¡Dan! —chilló Ava, tapándose los oídos, al borde del terror y la locura.

Dan saltó cerca de ella y la rodeó con sus brazos, ciñéndola fuertemente contra sí.

—Tranquila, creo que ha muerto.

—¡Dan, qué miedo tengo!

—Aguarda...

—Se va a incendiar la casa.

Dan encendió su linterna. Halló las gafas, se las colocó y con ellas descubrió que el invasor había perdido su arma, que al no estar en su mano cuando se había desintegrado, continuaba intacta.

Recogió el extraño artefacto, que tenía un resorte a modo de pulsador, como si fuera una simple linterna.

Con la linterna en una mano y la extraña arma en la otra,

Dan pasó a la salita-

comedor, descubriendo el cadáver de «Lity». Al querer cerrar la puerta, en el exterior descubrió un bulto oscuro que destacaba bajo la lluvia y le proyectó el haz de la linterna.

—¿Quién está ahí?

Era difícil averiguar quién estaba al otro lado de los cristales mojados del vehículo, pero quien quiera que fuese, empuñó una pistola de fuego convencional, haciendo varios disparos contra Dan Crackson,

Los plomos lamieron su cuerpo.

Dan pulsó el botón de aquella extraña arma y brotaron los minirrelámpagos de gran efectividad.

Las puntas del brillante sarmiento electrónico golpearon la plancha del coche y éste sufrió una sacudida. Se puso rojo y reventó, incendiándose bajo la lluvia en medio de un gran estruendo.

El hombre que estaba en su interior y que Dan observó que era un negro lanzó un alarido. Atrapado, no pudo escapar y se carbonizó rápidamente mientras la lluvia amainaba. Sin embargo, resultaba suficiente para apagar el fuego del coche cuando éste disminuía.

Mientras, dentro de la casa, Ava había corrido a llenar un cubo de agua, con el que intentó apagar el fuego de la cómoda. Mas ya era tarde: las llamas habían prendido a las paredes, incrementándose, mientras afuera continuaba golpeando la lluvia.

—¡Vamos, Ava, aquí no podemos hacer nada; hay que escapar!

—¡Dan, la perrita!

—Ha muerto.

—¿Cómo?

—Ten cuidado, puedes pisar su cuerpo. Ven por aquí.

—Dios mío, ¿estoy viviendo una pesadilla?

—No.

—Dan, tengo miedo.

El hombre se guardó en el bolsillo el artefacto que había conseguido recoger del alienígena desintegrado e, iluminando el camino con la linterna, llevó a Ava hasta el garaje, pues el fuego aún no había llegado a él.

—¿Qué haremos, Dan?

—Salir corriendo de aquí antes de que muramos abrasados. Afuera no sé cómo estará todo: la tormenta habrá provocado desmadres y los caminos pueden estar cortados.

—¿Y lo que ha ocurrido aquí?

—No podemos informar a la opinión pública todavía. Ya sabemos seguro que esos invasores existen, pero ignoramos dónde están, dónde se halla su nave.

—¿Nos invadirán?

—Nos defenderemos —repuso Dan, abriendo las portezuelas del *s p o r t*—. De momento, sabemos que hay negros que les ayudan. El chófer que aguardaba en el coche ha muerto; ése no va a poder decirnos nada, pero habrá

otros, estoy seguro.

—Pero la policía va a investigar cuando vean la casa siniestrada y ese auto convertido en chatarra con un cadáver carbonizado dentro.

—Tendremos que contarle al jefe de policía una historia sobre rayos que han caído encima de la casa. Después de todo, los efectos son idénticos.

Puso el motor del coche en marcha y sacó el vehículo de espaldas. Poco después, corría bajo la lluvia a gran velocidad, taladrando la noche con los potentes faros.

CAPITULO XIII

El propio Dan Crackson había colgado en la puerta que daba acceso al departamento el rótulo de «Cerrado». Luego, se había dirigido a su despacho particular, donde le aguardaban los escasos miembros que conformaban el departamento de Ufología.

El propio Pierre Ladoe estaba sentado tras la mesa-despacho que utilizara durante varios años y que Dan le había pedido ocupara aquella mañana.

Ava Emerson estaba pálida. Acusaba la agitación de una noche violenta y tormentosa, una noche en la que apenas había dormido unos minutos y, sin embargo, no sentía sueño.

Dan y ella habían llegado a Nueva York con rapidez gracias al potentísimo auto- *s p o r t* y por la autopista ultrarrápida.

Se habían bañado, uno después del otro, en el apartamento de Ava, puesto que Dan no había creído oportuno separarse.

—¿Tan grave es lo que tiene que decimos? —preguntó

Ladoe, con su marcado acento
galo, que
no trataba
de
disimular.

—Sí, es grave. Los invasores existen y tienen contactos en la Tierra.

—¿Se refiere a esa historia del viejo de las gafas? —inquirió Ladoe. Ava miró a Dan y éste narró lo que les había sucedido.

Pierre Ladoe ni siquiera pestañeó. Luego, opinó:

—Historias similares están aquí archivadas; la señorita Ava lo sabe.

—Es cierto —admitió Ava—, pero luego se comprobaba que esas historias no eran ciertas del todo. Además, en esta

ocasión lo hemos vivido nosotros con nuestros ojos, nuestras manos.

—Supongo que ahora le pareceremos dos personas más de las que acuden aquí a contar sus historias de platillos volantes y que en el fondo sólo desean encontrar a alguien que les escuche cuando hablan porque se sienten solos. Sin embargo, existen pruebas de lo ocurrido. En el laboratorio, por el cual hemos pasado antes de llegar aquí, he dejado el bloc de anotaciones del viejo asesinado y es posible que dentro de él se encuentre la fórmula que el viejo utilizó para el filtro de estas gafas.

Mostró la montura con un solo filtro, pues el otro aro seguía vacío, como unas gafas de carnaval.

—¿Cuáles son las pruebas?

Dan sacó de su bolsillo aquella especie de linterna con un pulsador graduable para la intensidad de la descarga que se deseaba lanzar.

—¡Esto!

Todos le miraron desconcertados, todos excepto Ava, que ya conocía el valor de aquello que, pareciendo inofensivo, era terroríficamente letal.

—¿Qué es esto? —preguntó Pierre Ladoe.

—Señor Ladoe, quiero su consejo como la persona más experta que pueda haber en este departamento.

—Bien, adelante, ya que confía en mí. Yo sólo puedo darle las gracias a cambio, puesto que en realidad ya no pertenezco al departamento. Estoy en trámites de jubilación.

—Pues esos trámites esperarán unos días, voy a necesitarle aquí. En cuanto a este artefacto, destruye por medio de electrones en forma de chispa eléctrica como la que

pueda saltar de un polo a otro en simples experimentos de clase de física en cualquier escuela. Fíjense en esa silla, por ejemplo.

Dan apuntó con aquella arma a la silla y pulsó el botón.

La silla recibió el pequeño y ramificado rayo en varios puntos y se carbonizó, sufriendo una sacudida.

—¡Diablos! —exclamó Pierre Ladoe espontáneamente.

El australiano Niven se rascó la oreja, perplejo, y Frank trató de observar de cerca el aparato.

El chino Chanshoo, sin abandonar su sempiterna media sonrisa, objetó:

—Si presenta ese artefacto como prueba para que se pongan en movimiento todos los sistemas bélicos de que disponen los miembros de las Naciones Unidas, se van a reír de nosotros. Alegarán que un aparato así se puede construir aquí.

—Yo no he visto nunca nada igual

—dijo Frank, el germánico.

Chanshoo, dispuesto a hacer de abogado del diablo, insistió:

—El que no lo haya visto o simplemente no se haya inventado no quiere decir que no se pueda inventar ahora mismo.

—Chanshoo tiene razón —asintió Pierre Ladoe—. Esto es una prueba, pero insuficiente para entrar a la carga en el consejo de seguridad de la ONU y que se congrege la asamblea general. Si por lo menos hubieran quedado los restos del alienígena muerto...

—No quedó nada de él;
se desintegró
totalmente.

Comprendo que para poner en pie de guerra a todo el planeta es insuficiente, pero ya es algo importante, puesto que nosotros estamos convencidos de la existencia de los invasores, que, ignoro por qué causa, se hallan cerca de Wanaque City, donde han sido vistos en varias ocasiones y

donde tuvimos el desagradable encuentro con uno de ellos anoche.

—¿Y por qué iría a la casa del viejo? —preguntó Niven.

Fue la propia Ava quien contestó:

—Dan cree que buscaban lo mismo que él: la fórmula del filtro para poder descubrirlos. Si pierden su invisibilidad, ya no son invencibles frente a nosotros.

—Por el momento, les hemos ganado una baza en este juego. Nosotros tenemos el bloc del viejo y es de esperar que nuestros técnicos, en sus pruebas, logren construir filtros similares al que aquí tengo y ya no quedaremos ciegos frente a ellos, frente a su poder destructor y a sus ansias de dominio.

Pierre Ladoe, pensativo, observó:

—Es posible que ahora ellos se alarmen ante la pérdida de uno de sus miembros y tomen algunas medidas de seguridad.

—O quizá aceleren sus planes de invasión —dijo Frank.

Aquella observación hizo que el gesto de preocupación aumentara en todos los rostros.

—¿Qué le parece, señor Ladoe? ¿Tenemos suficiente para comenzar a preparar el terreno y advertir al mundo del peligro que corre o investigamos más?

—Creo que lo que todos deseamos es que nuestros efectivos militares, sean de la nación que sean, caigan sobre los invasores con más pruebas en las manos. Pueden calificar a esta arma de truco de feria y lo del filtro óptico, una payasada, y perdonen que

hable así, pero yo he tenido muchas conversaciones con los dirigentes de este complicado organismo que es la ONU y nos miran a los de este departamento con cierta ironía no exenta de burla. Muchos de ellos se opusieron a que este departamento fuera fundado hace ya casi dos lustros.

—De acuerdo, Ladoe. Creo que debemos obtener más pruebas de la presencia de esos extraños. Esperemos que cuando las hayamos conseguido no sea ya demasiado tarde para nuestro planeta.

—¿Y cómo vamos a obtener más pruebas? —preguntó Ava.

—Si están cerca de Wanaque City, en las inmediaciones del lago losco, es que allí tienen una base o algo que se le parece. Puede ser que busquemos en vano y que la cambien de lugar, pero nos lo tenemos que jugar todo a una carta.

—¿Hemos de pedir ayuda a investigadores estatales o privados? —preguntó el chino.

—No —replicó Dan Crackson—. Este asunto no es particular de Estados Unidos. Pertenece a toda la Tierra, a todos y a cada uno de los habitantes de este planeta. En principio, haremos la investigación nosotros.

—Creo, Crackson, que usted ya tiene un plan en su mente.

¿Me equivoco?

—Verá, Ladoe, creo que podemos ir allí Niven, Frank, Chanshoo y yo, cada cual en un vehículo distinto e intercomunicados los cuatro por radio. Hemos de batir con disimulo toda la zona buscando pruebas, algo que nos indique que los invasores están allí. Por supuesto, hay que investigar a cuantos negros veamos en el sector, en especial conduciendo autos, pues dentro de esos autos pueden viajar los extraterrestres, que, por lo visto, no quieren utilizar sus naves y usan coches convencionales para desplazamientos cortos y así pasar desapercibidos, porque el que sean invisibles para nosotros no quiere decir que no tengan que cargar con su cuerpo material.

—Yo también quisiera ir —pidió Ava.

—No, tu te quedarás aquí con Ladoe. En cuanto tenga

noticias importantes nos comunicaremos con el departamento y usted, Ladoe, informará de inmediato a las autoridades supremas mundiales para decidir lo que hay que hacer.

—De acuerdo, mayor Crackson. Estaremos esperando noticias con gran impaciencia, pero no se expongan demasiado. Este departamento es de investigación, no ejecutivo. Aquí sólo obtenemos datos, nada más.

—Datos que hacen reír a los escépticos —replicó Dan—.

No, esta vez va en serio y nadie se reirá. Yo mismo era un incrédulo respecto a los invasores, pero ya he luchado personalmente contra uno de ellos y mi mano tiene quemaduras.

Mostró las rojeces de la palma de su mano.

Todos le miraron convencidos. Hasta la media sonrisa sempiterna del chino Chanshoo se borró.

CAPITULO XIV

El autocar gigante, de velocidad media, pues sólo alcanzaba una velocidad crucero de alrededor de los ciento ochenta por hora, rodaba por la autopista convencional en dirección oeste, llevando sus asientos totalmente ocupados por negros que, en ocasiones, entonaban canciones referentes a su sed de sangre y a la fidelidad al renacido SAS.

Sammy Gordon viajaba pensativo. Sabía que otros autocares gigantes llevaban más adeptos a la causa levantada por Donorius, que se estaba convirtiendo rápidamente en el líder indiscutible de aquella oleada efervescente de chauvinismo racista, pues ellos eran ya más racistas que cualquiera de los racistas blancos.

Todo aquello le desagradaba, mas era como los embates furiosos del mar: parecían imposibles de parar. Gordon, por sus años, había comprendido ya que aquella lucha sangrienta era inútil, que la única forma de integrarse y hermanarse todos era estudiar y trabajar codo a codo, blancos, amarillos y negros.

El autocar salió de la autopista para pasar a una carretera estatal. Luego, la abandonó también para introducirse en un pista forestal militar, donde el pesado vehículo hubo de reducir la marcha a causa de los enormes socavones causados en la tierra por las tormentas pasadas. El barro era abundante y en varias ocasiones el autocar hubo de utilizar el colchón «saca-atascos», elevándose un par de pulgadas y avanzando sobre un colchón de aire, previsto para aquellas emergencias.

Al final, se enfrentaron a una gran verja de hierro de la que partían espesas alambradas
de
púas a
derecha

e

izquierda.

La puerta fue franqueada al vehículo múltiple por un hombre que allí estaba, también de raza negra.

Se introdujeron en un campo aislado del mundo exterior y fueron a dar con unas edificaciones de aspecto abandonado. También había barracones y otras instalaciones deportivas y de entrenamiento que hacían pensar en un campo militar a orillas del lago losco en su ribera occidental.

Sammy Gordon era el jefe máximo de los que viajaban en el autocar. Sabía que Donorius y otros ya habían llegado y no tardó en ver a los hombres formando en columna de a tres y utilizando palos de béisbol como si fueran armas, para no despertar sospechas en alguien que casualmente pudiera observarles con prismáticos o desde el aire, pasando en algún helicóptero.

Gordon se fijó de inmediato que quienes ordenaban la severa y dura instrucción no eran negros, sino blancos con fuerte acento germánico.

Eran ya mayores y vestían cazadora y sombrero de montaña con visera. Tenían el aire militar propio de los hombres que durante largo tiempo han vestido uniforme castrense.

Aquellos sujetos le hicieron pensar a Gordon en los hombres de la SS, algo imposible debido a los largos años transcurridos. Quizá, en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, hubieran pertenecido a las juventudes hitlerianas.

—¡Sammy, Sammy! —le
interpeló Donorius a gritos.
Sonriente, se acercó a él.
Gordon le recibió fríamente.
—Veo que todo funciona ya.

—Sí, todo funciona mejor de lo que crees —le dijo, cogiéndolo por el brazo y apartándolo del numeroso grupo que era conducido como un rebaño al pabellón central de las instalaciones.

—No esperaba que hubiera monitores de instrucción blancos.

Donorius, que también llevaba aquella gorra que parecía fija en el uniforme de instrucción y en la que destacaban cinco estrellas doradas, indicando que tenía una alta graduación dentro del campo, respondió:

—Han sido contratados por Giano y Belter. Ellos saben más que nosotros de todo eso. Esos alemanes son especialistas en la instrucción. Son implacables, hacen sudar sangre, pero la verdad es que a los nuestros les hacía falta un poco de disciplina. No se trata de formar una jauría de perros que muerdan, sino una fuerza policíaco-militar que sepa atacar y defenderse, obedeciendo órdenes superiores.

—¿Y los superiores serán siempre esos germánicos que me recuerdan a la Gestapo?

—Bah, no te preocupes por esas menudencias. Hay que admitir que no estamos preparados y aquí seremos adiestrados a conciencia. Hace tiempo, esto fue un campo de instrucción de la Army, pero quedó en desuso por algún desplazamiento táctico y pasó a subasta. Giano y Belter se encargaron de comprarlo. ¿Sabes qué alegaron?

—Supongo que algún embuste a gran altura.

—Pues, ni más ni menos, que lo iban a convertir en un campo de culturización y educación profesional de negros con ganas de integrarse en el mundo laboral. El Pentágono ha aceptado encantado. Menuda sorpresa se llevarán cuando vean lo que sale de este campo: Hombres preparados para darles patadas en las posaderas.

—¿Y ellos?

—¿Qué ellos?

—Vamos, Donorius, sabes que me refiero a los alienígenas.

—Bueno, ellos observan y controlan. De cuando en cuando

prepararán una reunión para cambiar impresiones.

—¿Impresiones, o para decirnos a quién debemos asesinar?

—Si sigues tan escéptico, ¿por qué estás en la causa?

—No pretenderás que me suicide, ¿verdad?

—Tienes razón. No me acordaba de que presenciaste el barrido en el *parking* de Manhattan. Había que hacerlo. Esta vez no vamos con minucias, se hace todo a lo grande. Ya te irás dando cuenta de que tu entrenamiento aquí es bueno. Volverás a sentirte joven. Saldrán los mejores policías militares que jamás haya conocido la Humanidad e impondremos nosotros la ley. Por eso hay que hacer revisiones médicas intensivas y exámenes psicotécnicos para sólo escoger los mejores y desechar el resto.

—¿Y qué ocurre con ese resto?

—Bueno, no nos sirve, eso es todo.

—No me dirás que los barren y entierran sus restos también.

—No te pongas trágico, Sammy. Tú ostentarás la graduación de general asesor. Tu presencia física, como espíritu viviente de nuestra causa, hará bien a los muchachos en su duro entrenamiento y periódicamente les largarás discursos que los alienten a seguir adelante. Crear un espíritu de lucha y victoria es muy importante.

—Pero ¿victoria de quién: nuestra o de los extraterrestres?

¿O quizá de esos monitores

germanos o de los miembros de la Organización del Crimen, que son quienes lo pagan todo y además nos proveerán de armamento?

—El triunfo será nuestro; claro está que tendremos aliados, todos los tienen para ganar una guerra, pero la ley seremos nosotros. Eso sí es importante, ¿no crees?

—¿Crees que podremos dar un golpe de estado como dicen por ahí?

—Quién sabe, y para entonces, quizá haga falta un hombre con el espíritu bien asentado para dirigirnos totalmente, un hombre que puedes ser tú. Quién lo iba a decir, Sammy, puedes convertirte en el presidente de toda la Tierra.

—Eso es absurdo y tú lo sabes, Donorius. No soy ningún chiquillo al que puedas convencer con una fantasía semejante.

—Lo que te rodea no es una fantasía, es una realidad. Ya no nos escondemos en las cloacas de Manhattan o San Francisco. Ahora mismo hay discípulos nuestros reclutando a más hombres para nuestra causa y vendrán aquí a recibir su instrucción.

—¿Y cuándo les diremos que se están entrenando para proteger y ayudar a la invasión del planeta por unos despiadados extraterrestres?

—Cuando llegue el momento, lo comprenderán.

—¿Qué ocurrirá si no aceptan ser los perros de los invasores?

—No seas tan drástico en tus apreciaciones, Sammy. No somos perros, sino el brazo ejecutor; claro que tú ya has visto que ellos tienen armas muy poderosas.

—Los ejércitos de la Tierra también poseen armas muy poderosas, suficientes para destruir el globo terráqueo.

—Sí, pero no intentarán un suicidio total y masivo.

—¿Crees que se aceptará la esclavitud?

—Qué remedio; a lo largo de la historia ha sido así. Mientras hay vida queda esperanza, se suele decir, y

pensarán que un día u otro podrán rebelarse. Pero estaremos nosotros para impedirlo y, por supuesto, ellos, con sus potentes e invencibles naves interplanetarias.

—Pero ¿por qué quieren invadirnos, por qué?

—Ellos no son muy explicativos; sin embargo, sé que quieren adueñarse de todos los planetas dominados en los que existe vida. Nosotros no somos su primer objetivo. Ellos se convertirán en los amos del universo, pero en realidad, quienes reinen en la Tierra seremos nosotros.

—Seguro que buscan algo y tendremos que dárselo.

—Pues lo que pidan se lo daremos, eso es fácil. Toda victoria cuesta un precio en sangre, y ésta será el dominio más grande que jamás haya existido en la Tierra. Ahora, acompáñame, te mostraré los sótanos, el fortín. Ya han comenzado a llegar armas portátiles y ligeras para vehículos. Son de lo mejorcito. Pequeños cañones con minicabezas nucleares, capaces de barrer pequeños pueblos de un solo pepinazo y, por supuesto, los láser, que funden todo lo que se ponga por delante.

—¿Hasta a uno de esos platos volantes?

—Eso no vamos a probarlo por ahora, no sea cosa que ellos nos barran a nosotros. Anda, ánimo, que esto marcha. ¿Cuándo habías imaginado ver a tus adeptos a la causa entrenándose como lo hacen aquí? Fíjate, fíjate allá a lo lejos. Están haciendo pruebas de obstáculos. Babea el suelo y lo manchan con su sangre porque se dejan la piel a tiras en

las púas de los alambres, pero luego estarán hechos a todo. Esos monitores son implacables, no toleran ningún fallo, y el que insiste en los fallos, es retirado, no interesa.

—¿Y no hay peligro de que nos descubran?

—En absoluto. Hay un buen cercado de alambres de espinos que hemos reforzado y perros mastines vigilando. La gente del otro lado del lago, al tenemos lejos y pensando que nos vamos a culturizar, se quedan tranquilos y satisfechos, ignorantes del verdadero entrenamiento que estamos recibiendo.

—¿Y ellos, dónde se esconden ahora?

—No lo sé. ¿Quién puede saberlo, si son invisibles?

—Sus naves no son invisibles.

—En alguna parte estarán, y hacen bien de no dejarse ver; sería peligroso que los detectaran. En los medios informativos se habla de los ufos, pero en realidad nadie les hace caso. Esos parloteos sólo sirven para hacer publicidad a las historietas de ciencia- ficción que tanto se prodigan por la 3-TV.

A través de los árboles, Sammy Gordon lanzó una mirada hacia las aguas del lago, un lago muy quieto que semejaba muerto, como quizá lo estuviera la Tierra cuando comenzara la gran batalla entre los invasores y las defensas terrestres.

Los alienígenas, con un alarde de fuerzas bélicas ofensivas, tratarían de amedrentar y someter a las autoridades políticas y militares del planeta, y cuando se depusieran las armas, la fuerza policíaco-militar, ya bien preparada y pertrechada, saldría de sus agujeros para imponer la esclavitud ordenada por los invasores.

Pero quizá la Humanidad no se rindiera jamás y se provocara el caos. La Tierra, a causa de las bombas nucleares, se desgajaría en pedazos y dejaría de existir como planeta solar, convirtiéndose en miríadas de meteoritos de los más diversos tamaños.

CAPITULO XV

En una colina que dominaba el lago y sus alrededores, incluyendo la ciudad de Wanaque, Chanshoo y Dan Crackson se habían encargado de montar una antena repetidora para emisiones radiadas en láser, utilizando rayos infrarrojos.

De este modo, cualquiera de los cuatro hombres que portaba consigo el pequeño pero potente emisor-receptor podía comunicarse con sus compañeros sin peligro de ser interceptados por nadie, pues en el momento que alguien tratara de interceptar la emisión directa del láser de infrarrojos, automáticamente se interrumpiría y quedarían alertados.

Dan había escogido aquel sistema de comunicación para que si aquellos seres estaban en las inmediaciones del lago no pudieran captarles con facilidad.

—Bueno, no sé si descubriremos algo, pero por lo menos no perderemos el contacto entre nosotros.

—Creo que ha sido un excelente trabajo de nuestros laboratorios la fabricación rápida de estos filtros ópticos, basándose en las fórmulas del viejo asesinado.

—Sí, cada uno de nosotros tiene un par de gafas construidas a toda prisa. Lo que no es seguro es que funcionen, eso no lo sabremos hasta que tengamos un invasor delante, y si fallan, lo pasaremos muy mal.

Chanshoo miró sus gafas y dijo:

—Esperemos que sí funcionen. Incluso las máquinas de fotografiar, cargadas con película rápida y ultrasensible, están filtradas ahora con lo que el viejo inventó casualmente. No sé cómo se le ocurriría extraer fósforo de sangre de animal y meterlo en el plástico que habría de aglomerar las materias filtrantes, pero el caso es que ha dado buen resultado.

—Ahora sólo resta desearnos suerte y circular por toda el área. No sabemos en qué punto pueden encontrarse esos sujetos. La única referencia que tenemos por el momento es que pueden estar cerca de un hombre de raza negra, en especial si va en auto.

—¿Y por qué habrán escogido a los hombres negros por compañía?

—Lo ignoro, Chanshoo, pero algún día lo sabremos. Quizá les hayan prometido cantos de sirena.

Chanshoo y Dan Crackson se despidieron allí mismo. El oriental permanecería unas cuantas horas junto a la antena provisional de repetición, alimentada por baterías para comprobar su funcionamiento.

En su auto *s p o r t*, Dan bajó por la montaña ayudado por el colchón de aire evitador de socavones. Luego, ya en carretera, rodó con normalidad. Entró en la ciudad de Wanaque y se fue a ver al *s h e r i f f* local.

El *s h e r i f f* era un tipo hosco que lo recibió con un gruñido.

—No me gusta que vengan a crearme problemas, mayor Crackson.

—No es mi deseo crearle problemas, *s h e r i f f*; por eso estoy aquí.

—Mis muchachos han estado investigando toda esa historia de los rayos que cayeron sobre la casa.

—¿Y qué?

—Bueno, todo parece coincidir con lo que nos contó, ya que quedan pocas pruebas,

pero el cadáver tenía junto a sí los restos de un arma de fuego.

—No es nada insólito que alguien tenga un arma de fuego dentro de su coche.

—Eso es cierto, y ya hemos averiguado que el negro vivía en Nueva York.

—¿Ah, sí?

—Por lo menos, el que compró el coche en un mercado de autos de ocasión. Pagó buen dinero por él, aunque es difícil averiguar si los restos del muerto pertenecen o no al comprador, porque estaban muy achicharrados.

—Ya sabe los efectos que puede causar un rayo, máxime si el auto va cargado de carburante y estalla.

—Sí, pero me huelo que usted se trae algo entre manos. ¿Qué es lo que realmente busca? Ya he estado hablando con el teniente Cassidy, de la brigada criminal de Brooklyn, y me ha contado no sé qué historia de ufos.

—¿Y usted se la cree? —preguntó Dan astutamente.

—Bueno, yo no creo en esas paparruchadas. Sé que Zachariah Mac Campbell, antes de que lo asesinaran en Nueva York, dijo haber visto extraterrestres.

—Sí, eso dijo —aceptó Dan, sin darle importancia.

—Bueno, sea lo que sea, usted busca algo. Usted era piloto de pruebas, según tengo entendido, .mayor.

—Así es. La Air Forcé confía en mi pericia para probar los aparatos, y si no están correctos y estallan en el aire, se libran de mí y del salario que cobro.

—Dígame, mayor, ¿no estará buscando a algún compañero desaparecido? ¿No habrá caído por aquí cerca alguna bomba nuclear y tratan de recuperarla sin llamar la atención?

Dan se rió y después le dijo:

—Si reciben orden de evacuar la zona, haga que la desalojen en breves minutos. ¿Me ha oído?

—Sí, claro, pero me gustaría estar más preparado.

—Ahora ya lo está, *s h e r i f f*. No haga correr la voz, pero téngalo todo listo para actuar.

—Si eso ocurre, le advierto que demandaremos a las fuerzas aéreas por los daños que ocasione la pérdida de esa bomba.

—Yo no he dicho que haya una bomba. En cuanto a las demandas, pueden ir pensando en ellas. Pero hablemos en serio, *s h e r i f f*. ¿Cómo está de gente de raza negra en esta ciudad?

—Hay poca. La verdad es que no tenemos problemas con ellos. Los de Wanaque trabajan y se comportan ordenadamente como los demás, sean de la raza que sean. No ocurre como en Nueva York, con ese movimiento de plaga de langosta que lo toma todo por asalto y sólo come y no trabaja ni evoluciona.

—Bien, es un alivio, porque Manhattan se muere a causa de ese movimiento negro de desidia, abandono y pillaje.

—Creo que el Gobierno federal tendrá que emplearse a fondo con ellos.

—Sí, eso opino yo también. Pero dígame: ¿Ultimamente no hay más negros por aquí? Me refiero a negros que procedan del área de Nueva York.

—Bueno, en la ciudad no hay mucha gente nueva, es pequeña y vivimos pacíficamente. Siempre hay los forasteros que llegan hasta aquí en sus autos, dan unas vueltas, están unas horas o unos días y luego se marchan, lo mismo que usted, y eso vale para todas las

razas.

—Sí, claro —aceptó Dan, un tanto decepcionado por la entrevista. Había esperado averiguar algo más. Se levantaba de la silla cuando el *sheriff* prosiguió.

—Claro que, al otro lado del lago...

—¿Al otro lado del lago qué?

—Pues que allí sí hay negros, y por lo que he oído, en abundancia. Han llegado en autocares gigantes.

—¿Cómo dice?

—Parece que la noticia le interesa, mayor.

—Me gustaría saber algo más. Por ejemplo, adónde van.

—Verá, allá existía un campo militar de instrucción. Pertenecía a la Army, pero quedó en desuso. Lo subastaron y ya tiene nuevos propietarios.

—Hábleme de ellos.

—No sé realmente quiénes son, sólo sé que han montado un colegio de adultos para culturización y formación profesional. Yo creo que es una buena cosa. La verdad es que están en régimen interno y no perjudican a nuestra ciudad. Además, si se trata de que se integren en la sociedad, es aplaudible, ¿no cree?

—¿Y dice que no hace mucho que llegan a ese colegio?

—Pues sí, hace poco tiempo. El que estén al otro lado del lago también nos evita posibles problemas.

—Es muy interesante lo que me cuenta. Me gustaría dar una vuelta por ese campo.

—He oído decir que prefieren conservarse apartados de todos, que no quieren ser observados mientras se preparan. Sin embargo, si usted lo desea, puedo acompañarle. También me gustaría a mí meter las narices en ese colegio para ver que no haya problemas posteriores.

—Creo que puedo utilizar mi condición de militar para dar el vistazo.

—Si trajera una orden de inspección del propio Pentágono.

—Bueno, el campo ya no pertenece al Pentágono, pero ya me las arreglaré. Dentro de tres o cuatro horas pasaré por aquí e iremos juntos a dar un vistazo a ese lugar. ¿De

acuerdo?

—Bien. Utilizaremos una canoa. Por el lago es mucho más fácil llegar a esa base ex militar.

Dan Crackson hizo la petición por teléfono a Ava: Debían de conseguirle, aunque fuera falsa, una orden de inspección acerca del posible uso que se hacía de las instalaciones que antes fueran militares.

También, Ava debía de llevarle el uniforme militar. Así lo hizo la joven, presentándose tres horas más tarde gracias a que utilizó un taxi aéreo.

Al presentarse en el motel, Ava le saludó con desparpajo.

—Menos mal que me has llamado. Me consumía en Nueva York esperando noticias.

—No pensaba llamarte —replicó Dan desde el cuarto de baño—, pero necesitaba todo lo que te he pedido y me he visto obligado a llamarte. Si hubiera tenido que hacer yo el viaje de ida y vuelta, habría perdido demasiado tiempo.

—¿Sólo me has llamado por eso? —preguntó ella con un mohín de decepción.

Dan salió del baño. Vestía ya los pantalones del uniforme. Se acercó a ella, la cogió por

los brazos y la atrajo hacia sí para besarla en los labios con suavidad.

—Creo que no debes de ponerte tan cerca de mí. En cualquier momento se me puede ocurrir pensar que estamos al borde del fin del mundo y que debo de aprovechar a fondo los últimos instantes de mi vida.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que ese mismo impulso puedo sentirlo yo? —

preguntó Ava aguantándole la mirada.

Dan la estrechó con más fuerza y la besó profundamente.

El *s h e r i f f*les recibió en el embarcadero con una motora dispuesta.

A bordo iban dos agentes más de la ley a su disposición. Tenían armas de fuego y un fusil «Láser» con mira telescópica e infrarrojos.

La canoa, con un silencioso motor a turborreacción, se puso en marcha. Era por la tarde y el sol les daba de cara mientras la proa avanzaba hacia la orilla opuesta del lago y la sirena de alarma se hallaba enmudecida.

La base militar tenía embarcadero propio. Como ya habían sido divisados a lo lejos, tuvieron recepción de bienvenida. Tres altos negros armados, sosteniendo a fieros mastines, y dos negros más, éstos desarmados.

El uno resultaba joven y fornido; el otro tenía el cabello grisáceo y no era menos fornido que el joven.

—Buenos días, *s h e r i f f*—saludó el joven, que no era otro que Donorius.

—Hola, buenos días. Veo que están bien armados.

—No nos gustan los intrusos. ¿Ocurre algo, *s h e r i f f*?

—Pues no, no pasa nada, que yo sepa. Hemos venido a acompañar al mayor Crackson y a su secretaria que traen consigo una orden de inspección del Pentágono.

—¿Una orden de inspección? —preguntó esta vez Sammy Gordon.

—Sólo es pura rutina —dijo Crackson, saltando al embarcadero y ayudando después a Ava para que

abandonara la canoa—. El Pentágono desea saber si se hace buen uso de la base que les ha sido vendida.

—Bueno, no nos agradan los intrusos, pero si es una inspección del Pentágono, como nada tenemos que ocultar, les acompañaremos con sumo gusto.

—Perfecto —asintió Crackson.

El *s h e r i f f*les acompañó y los dos agentes quedaron en la motora.

—Yo tengo que hacer —dijo Sammy Gordon, apartándose de ellos.

—Yo les acompañaré —se ofreció Donorius, mirando ceñudo a Sammy Gordon que se alejó del grupo.

—Miren, allí están practicando gimnasia. La disciplina es esencial para integrarlos bien al mundo laboral —observó Donorius cínicamente.

El *s h e r i f f*aceptó:

—Magnífico, es la forma de que no surjan problemas. Por cierto, que se ven todos muy atléticos.

Ava y Crackson pudieron observar a los negros, bien alineados, saltando y moviendo el bat de béisbol que aparentemente significaba simple deporte, pero para aquellos hombres, el bat era el símbolo del arma.

Pasaron a los dormitorios y a las naves donde se impartía enseñanza técnica y moral. Había mapas colgados y nada parecía anormal, todo lo contrario.

El *s h e r i f f* aplaudió que hubiera monitores blancos, aunque de haber conversado con ellos, no sólo habría advertido su acento germánico, sino un evidente desprecio hacia ellos.

Donorius les acompañó de regreso al embarcadero cuando ya caía la noche y preguntó a Crackson:

—¿Satisfecho de la inspección?

—Sí, todo está en orden y la instalación está siendo empleada para lo que fue adjudicada.

—Mis respetos, *s h e r i f f*. Aquí estamos siempre a su disposición. Queremos ser muy amigos de la ley.

—Les confieso que tuve mis reparos cuando supe que llegaban de la zona infestada de Manhattan, pero ahora salgo satisfecho de aquí.

La motora se puso en marcha, alejándose rápidamente.

Comenzaban a perder de vista el campamento, que se transformaba en una línea en el horizonte por donde desaparecía el sol, cuando una voz llegó hasta ellos.

—¡Aquí, aquí!

—¡*S h e r i f f* , aguarde, aguarde! —gritó Crackson mirando hacia las aguas donde destacaba una figura humana que levantaba su mano haciendo señales.

—¡Alto! —gritó el *s h e r i f f* , y detuvieron la canoa.

La figura que hacía señales se acercó a ellos nadando. Crackson le ayudó a subir a bordo y la motora reanudó su marcha.

—¿Qué hacía usted aquí, casi a mitad del lago? No intentaría atravesarlo a nado, ¿verdad?

El negro de cabellos grises, casi blancos, no respondió, pero Dan le reconoció de inmediato.

—Usted estaba en el campamento.

—Sí, y quiero hablar con ustedes a solas. Ya sé que dentro de un rato pensarán que estoy loco, pero tengo que decirlo, tengo que decirlo.

Dan Crackson, Ava y el *s h e r i f f* se miraron entre sí, preocupados. Era obvio que aquel hombre había desertado del campamento arriesgando su vida para contarles lo que ocurría dentro del supuesto colegio.

CAPITULO XVI

Por radio, Dan Crackson había encargado a sus subordinados del departamento de Ufología que vigilaran bien el norte y el sur del supuesto colegio negro, advirtiéndoles que se sospechaba que dentro del mismo se escondía la base de los invasores extraterrestres, sin ocultarles que los negros estaban fuertemente armados.

Chanshoo se había mantenido en su observatorio de la colina y sus ojos orientales se fijaron en un raro fenómeno que ocurría en el lago, cerca de las alambradas de la ex base militar.

Las oscuras aguas comenzaron a clarear en algunos puntos y este fenómeno sólo podía observarse desde un punto alto, puesto que desde la orilla era imposible observarlo por no permitirlo el ángulo óptico.

Varias manchas ovaladas se fueron perfilando con mayor claridad. Eran luminosas, como fosforescentes, y sus contornos quedaban cada vez más nítidos.

Al llegar a la superficie, cuatro de ellas, con un extraño silbido, alzaron el vuelo rápidamente a una gran velocidad, de modo que si alguien las observaba súbitamente no pudiera dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo. Terminaron por desaparecer en el horizonte, en dirección sur.

Chanshoo se frotó los ojos.

Temía que la falta de sueño le hubiera gastado una jugarreta visual. Pero no. allí todavía quedaban dos naves que volvieron a hundirse en las aguas del lago, buscando su fondo.

Rápidamente, llamó con el transmisor a Dan Crackson que le respondió cuando terminaba de interrogar a Sammy Gordon, en uno de los calabozos de la oficina del *s h e r i f f*.

—Sí, Chanshoo.

—No lo va a creer, mayor, pero he visto esos platos volantes, es decir, los ufos. Los he visto con mis propios ojos.

—Siga. ¿Dónde están ahora?

—No lo sé. Cuatro se han alejado por el aire en dirección sur, pero hay más.

—¿Cuántos?

—Cierto no lo sé, pero he visto dos más. Están en el fondo del lago losco, parece que lo han tomado como base en la Tierra.

—Bien, Chanshoo, no se mueva de donde está. Siga vigilando y si ve otra vez a los ufos, comuníquemelo de inmediato.

—De acuerdo. Corto.

Se interrumpió la comunicación. Sammy Gordon miró a Dan Crackson con una sonrisa de derrota.

—Ya se lo he dicho, aunque yo no sabía dónde se escondían esos seres del demonio.

—Creo que ha hecho un gran bien a la humanidad contándonos lo que ocurre. Aliarse con los invasores extraterrestres es algo repugnante.

—Opino lo mismo, pero Donorius está preñado de ambición y los que le siguen seguirían cualquier cosa porque no son más que un rebaño fácil de explotar. Después de todo, ellos no saben nada de los alienígenas.

—Bien, lo tendremos en cuenta.

—Trabajen rápido o ellos van a ganar la partida. Tienen mucho poder.

—¿Como esto? —Dan mostró el aparato lanza rayos.

—Sí, es esto. ¿Cómo lo tiene en su poder?

—Luché personalmente con uno de esos extraterrestres y pude quedarme con su arma como recuerdo.

—Pues tuvo mucha suerte. Yo vi morir a muchos de mi raza y comprendí que una vez más habíamos errado el camino de nuestro futuro.

—El camino de su futuro es el mismo que el del resto de los que habitamos la Tierra. Todos integrados, todos hermanados, todos a luchar a una. .

Ya había pruebas más que suficientes para entrar en acción y Crackson llamó a Pierre

Ladoe que, aunque fuera de noche, seguiría en su puesto.

Ladoe tomó buena nota de la alarma e inmediatamente transmitió la noticia al presidente de Estados Unidos, puesto que no había tiempo suficiente para reunir a los miembros del comité de las Naciones Unidas que, sin embargo, serían informados a continuación.

El presidente exigió hablar con Dan Crackson en persona y le preguntó su opinión. Dan se la dio con franqueza.

El *s h e r i f f* de Wanaque, al verle ceñudo, preguntó:

—Mayor, ¿qué sucederá ahora?

—¿Se acuerda de lo que le dije sobre evacuar la ciudad?

—Sí.

—Pues deben de evacuarla de inmediato. Que transmitan la orden por las calles sin utilizar la radio para que ellos no capten la alerta. Que utilicen megáfonos portátiles desde coches.

—Se producirá una histeria colectiva —advirtió el *s h e r i f f*

.

—Usted debe de evitarla. Diga que hay un artefacto que puede estallar. Que no utilicen las luces de los coches, que

todo parezca normal. ¿Comprendido?

—Haré lo que pueda.

—Pues, empiece.

—¿Y los negros de la otra orilla del lago?

—Ya veremos lo que se puede hacer con ellos —dijo Dan sombrío—. Ahora, tengo que marcharme. He de cumplir una misión.

Dejaron a Sammy Gordon allí, sin preocuparse de él.

El negro se alejó de la ciudad. Sin que nadie se diera cuenta, fue hasta la orilla del embarcadero y allí se apoderó de una motora que puso en marcha, proa hacia el otro lado del lago.

Arribó al atracadero de la base del SAS, donde fue recibido por los hombres armados. Como ya le conocían bien y Gordon tenía la graduación de general, sólo hicieron que saludarle.

Gordon llevaba un arma consigo: la llave inglesa de la motora, pero para su hercúleo brazo era más que suficiente.

Así se presentó en el despacho de Donorius, supremo mando de la base aunque, por supuesto, estaba sometido a las órdenes de los invasores.

—Hola, Gordon, te han estado buscando. ¿Adónde has ido?

—A contar la verdad. Ahora, la invasión ya no pillará a nadie por sorpresa.

—¿Cómo dices?

—Sí, se lo he contado todo al militar y al *s h e r i f f*. Se han puesto en contacto con la

ONU y la Casa Blanca y ya están advertidos de la invasión.

—¡Eres un traidor! —rugió Donorius, haciéndose con la pistola que tenía en la mesa, al alcance de su mano.

Gordon le golpeó la muñeca con la llave inglesa, partiéndosela de un solo golpe.

—Esta no es la causa negra, Donorius, ésta es la causa de los invasores y yo no dejaré que tu ambición sirva a esos extraños. Adiós, Donorius.

Le golpeó por segunda vez, ahora en el cráneo. Donorius lanzó un grito antes de derrumbarse sin vida.

Sammy Gordon no se había excitado. Lo hacía todo meticulosa, casi ceremoniosamente.

Después, se sentó frente a la mesa en la que había un micrófono conectado a los altavoces de todo el campo y abrió la conexión.

—¡Atención, atención, todos los hombres de la base, escuchadme! ¡Os habla Sammy Gordon, atención, es urgente! —Cuando creyó que todos le oían, comenzó a hablar mientras su mano jugueteaba con la pistola de Donorius—. Esta base será arrasada de un momento a otro. Debéis de huir a través del campo sin armas, sin ofrecer resistencia o seréis exterminados. La ambición de Donorius os quería aliar con los extraterrestres que son perversos y déspotas. Yo he presenciado cómo matan a muchos de nuestra raza. Atención, atención, os habla Sammy Gordon. Marchad a través del campo y pensad en un futuro de trabajo e integración con los blancos, con todas las razas. Os lo digo yo que he matado a muchos blancos y confieso que estaba equivocado, lo mismo que los blancos que por odios raciales asesinaban a los negros.

La puerta se abrió tras él.

Gordon se giró lentamente y descubrió a Masai y a Wassman, los dos ayudantes directos de Donorius, que al ver a éste muerto en el suelo, encañonaron a Gordon y le gritaron al tiempo que disparaban sus armas:

—¡Traidor, Judas!

Gordon fue encajando los plomos, pero su poderosa humanidad, que tanto había resistido, resistió un poco más, lo suficiente para hacer dos disparos.

Masai y Wassman se tambalearon. Poco después, yacían cuatro cadáveres encharcados de sangre mientras unas figuras oscuras huían furtivamente de la base, tirando sus armas.

Dan Crackson estaba a bordo del caza-bombardero, preguntándose si lo que iba a hacer serviría de algo. Junto a él había tres soldados con un perfeccionado emisor-transmisor de larga distancia.

Al fin, sonó la voz de Chanshoo.

—¡Mayor, mayor! —gritó excitado el de ordinario parsimonioso oriental.

—Escucho, Chanshoo.

—¡Han regresado, han regresado! ¡Todo ha sido con una gran rapidez y se han hundido en el lago con las demás! ¡El fondo del lago debe de ser un nidal de esas naves extraterrestres!

—Bien, Chanshoo. ¿Has cavado el agujero que te pedí?

—Sí.

—Pues, húndete en él lo más que puedas y cúbrete con tierra. Si no lo haces bien, habrás cavado tu propia tumba.

—Entendido.

Comenzaba a amanecer.

La silenciosa evacuación de las orillas del lago ya había sido realizada. Las gentes habían abandonado sus enseres y casas para salvar sus vidas.

Dan Crackson voló en dirección al lago. Cuando ya se acercaba, descendió de modo que parecía querer penetrar en él.

Cuantos conocían lo que estaba pasando, tenían su alma pendiente de él. Más tarde sería comunicado al mundo lo que ocurriera. El consejo de seguridad de la ONU, que había aprobado la medida, esperaba el resultado reunido alrededor de la mesa que presidía el silencio más expectante y angustioso.

Dan Crackson voló en dirección al lago. Cuando ya se acercaba, descendió de modo que parecía querer penetrar en él.

En el punto determinado de antemano, soltó el artefacto que su aparato portaba en la panza. Luego, salió al máximo de potencia en dirección sur.

El artefacto nuclear no radiactivo se hundió en las negras aguas del lago.

Transcurrieron unos interminables segundos, casi dos minutos, pero de pronto, todo tembló. Era como un gran cataclismo. El lago semejó rugir y se elevó una gran columna de vapor por la que comenzó a aparecer la seta atómica.

De pronto, fueron apareciendo casi una docena de naves extraterrestres, absorbidas por la columna de gases. Las naves, inmersas en una temperatura de millones de grados Celsius, estallaron desintegrándose totalmente y agrandando la explosión mientras eran fotografiadas a distancia para constatar el hecho.

El lago pareció secarse. Sus aguas hirvieron y el cielo se

cubrió de espesas nubes de vapor. La tierra se rajó en los alrededores y algunas casas se desmoronaron, rompiéndose las conducciones de servicios de la pequeña ciudad.

El atracadero desapareció totalmente y no quedó un solo ser vivo dentro del lago, pez ni planta, mientras todo hervía en medio de una vivísima luz que brotaba de las entrañas del lago que ya no se convertiría más en nidal de invasores.

E P I L O G O

—Creo que ya no es necesario que yo vuelva más por aquí. Lo ha hecho usted magníficamente, mayor Crackson —le dijo Pierre Ladoe.

—Esperemos que no vuelvan o que no haya más alienígenas en otra parte de la Tierra

—dijo Dan Crackson.

—Si bien hemos de estar alertas, creo que ya no debemos de sentir pánico de ser invadidos. Hemos demostrado que podemos vencerles y el futuro es de los hombres de la Tierra si vivimos hermanados.

Estrecharon sus manos y Ladoe abandonó el despacho, quedando a solas Ava y Dan Crackson.

—He recibido comunicación de que van a construirse muchos campos de culturización con dinero del gobierno —dijo Ava—. Esta vez sí será un hecho la integración negra y gracias a lo que ha ocurrido. Opino que el peligro procedente del exterior ha servido para que los habitantes de la Tierra nos hermanemos más, olvidando nuestros pequeños odios y rencillas.

—Es una excelente idea. A ver si nos dejamos de segregaciones estúpidas y esta familia variopinta que formamos todos los terrestres avanza unida.

—Confío que todos los resquemores habrán ya desaparecido en nuestros descendientes.

—Que así sea. Y nosotros podemos empezar a trabajar por esa gran obra.

—¿Como?

Dan Crackson dio una patada a la puerta y ésta se cerró, quedando ambos aislados en el despacho. El se le acercó lentamente al tiempo que sus ojos brillaban y le preguntaba:

—¿No te imaginas cómo?

Ava Emerson quiso protestar, pero ya estaba en los brazos del hombre y sus labios sellados por los masculinos. Se le olvidó que debía de protestar y se dijo que la idea de colaborar a un mundo mejor no era tan mala.

F
I
N

la conquista del **ESPACIO**

*Una
ventana
abierta al futuro
gracias al talento
de unos autores
de excepcio-
nal calidad*

LA MEJOR COLECCION POPULAR DE
"CIENCIA-FICCION"

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.